

HUMANIDAD NUEVA

SOCIOLOGÍA - ARTE - EDUCACIÓN

PUBLICACIÓN DEL ATENEO POPULAR

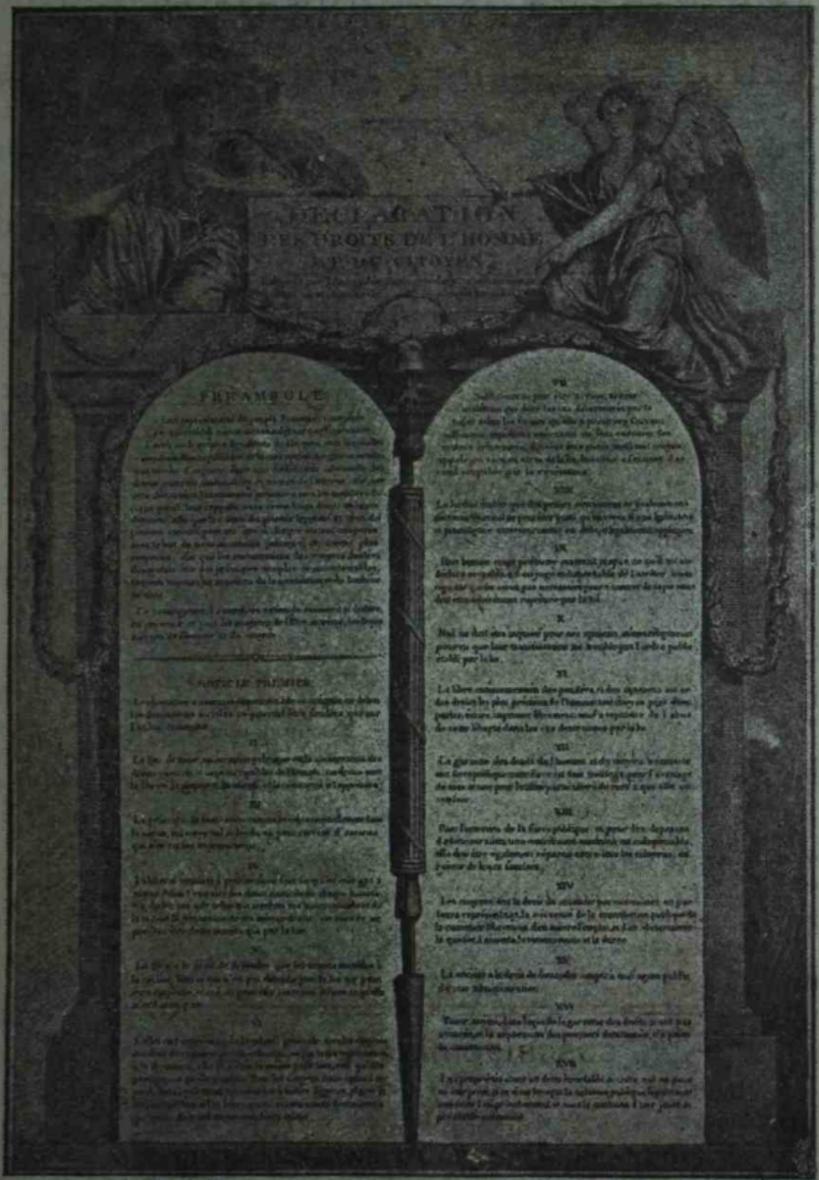


Tabla de los derechos del hombre y del ciudadano

"HUMANIDAD NUEVA"

REVISTA MENSUAL. - ÓRGANO DEL "ATENEO POPULAR"

FUNDADA EN 1908 POR E. DEL VALLE IBERLUCHA

SOCIOLOGÍA - ARTE - EDUCACIÓN

Año IX, N. 4, 5 y 6, Tomo X - Abril - Mayo - Junio de 1917

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Calle Solís 1871 - Buenos Aires

COMISION REDACTORA:

Alicia Moreau, Justo Pallarés Acebal, Martín García, José Mouchet, Guido Anatolio Cartey.

ADMINISTRADOR: FELIPE BORLANDELLI

SUMARIO

TABLA DE LOS DERECHOS DEL HOMBRE Y DEL CIUDADANO. - Grabado	Pag. 97
DECLARACIÓN DE LOS DERECHOS DEL HOMBRE Y DEL CIUDADANO	98
EL ESPÍRITU DE LA REVOLUCIÓN. - J. Michelet	102
EL IDEAL HUMANO. - José Enrique Rodó	105
DIFUSIÓN DE LA PRENSA SOCIALISTA EN LA ARGENTINA. Antonio Casacuberta	112
LA EDUCACIÓN SIN ALMA. María Josefa Varela	116
EL ÁRDUO PROBLEMA. - Conferencia por Elena Lucifero - Traducción por Paulina Luisi	120
NOTAS INTERNACIONALES - El porque de la guerra actual. A. C.	165
La situación rusa. - H. C.	167

SUSCRIPCIÓN ADELANTADA

Por un bimestre \$ 1.00 m/a. — Por un año \$ 5.00

Número suelto \$ 0,50

En Montevideo: por un año \$ 2,20 oro. - Número suelto \$ 0,20 oro

Los giros deben enviarse a nombre del tesoro

ARNANDO MOREAU, RIVADAVIA 4425

Declaración de los derechos ⁽¹⁾

DEL HOMBRE Y DEL CIUDADANO

DECRETADOS POR LA ASAMBLEA GENERAL EN LAS SESIONES DEL 20, 21, 23, 24 Y 26 DE AGOSTO DE 1789,
ACEPTADOS POR EL REY

Preámbulo

Los representantes del pueblo francés constituidos en asamblea nacional, considerando que la ignorancia, el olvido o el desprecio de los derechos del hombre son las únicas causas de las desgracias públicas y de la corrupción de los gobiernos, han resuelto exponer, en una declaración solemne, los derechos naturales, inalienables y sagrados del hombre para que esta declaración, continuamente presente a todos los miembros del cuerpo social, les recuerde sin cesar sus derechos y sus deberes; para que los actos del poder legislativo y los del poder ejecutivo pudiendo ser, en cada momento, comparados con el fin de toda institución política, sean así más respetados; para que las reclamaciones de los simples ciudadanos desde ahora fundadas sobre principios simples e incontrovertibles, tiendan siempre al mantenimiento de la constitución y la felicidad de todos.

En consecuencia, la asamblea nacional, reconoce y declara, en presencia y bajo los auspicios del Ser Supremo, los siguientes derechos del hombre y del ciudadano.

(1) Damos aquí la traducción de la tabla de los derechos del hombre, declaración que Talleyrand llamó «la ley del legislador», y que, vieja ya de más de un siglo, sigue siendo en gran parte, una aspiración y no una realidad, aun en los pueblos cuya ley escrita coincide con esta en muchas partes. Esta obra de la gran Revolución marca una de las más grandes etapas de la evolución humana, por esto su recuerdo nos interesa a todos por igual.

Artículo I

Los hombres nacen y permanecen libres e iguales en derechos; las distinciones sociales sólo pueden estar fundadas sobre la utilidad común.

II.

El fin de toda asociación política es la conservación de los derechos naturales e imprescriptibles de los hombres, esos derechos son: la libertad, la propiedad, la seguridad y la resistencia a la opresión.

III.

El principio de toda soberanía reside esencialmente en la nación, ningún cuerpo, ninguna autoridad puede ejercer autoridad que no emane expresamente de ella.

IV.

La libertad consiste en poder hacer todo aquello que no perjudica al prójimo. Así el ejercicio de los derechos naturales de cada hombre no tiene más límite que los que aseguran a los demás miembros de la sociedad el goce de los mismos derechos, sus límites sólo pueden ser determinados por la ley.

V.

La ley sólo tiene el derecho de prohibir los actos nocivos a la sociedad. Todo lo que no está prohibido por la ley no puede ser impedido, y nadie puede estar obligado a hacer lo que no ordena.

VI.

La ley es la expresión de la voluntad general; todos los ciudadanos tienen el derecho de concurrir personalmente o por sus representantes, a su formación; debe ser la misma para todos, cuando protege o cuando castiga. Todos los ciudadanos, siendo iguales ante sus ojos, son igualmente admisibles a todas las dignidades, situaciones y empleos públicos, según sus capacidades y sin distinciones distintas de sus virtudes y talentos.

VII.

Ningún hombre puede ser acusado o detenido sino en los casos determinados por la ley y según las formas que prescribe. Los que solicitan, dictan, ejecutan o hacen ejecutar órdenes arbitrarias, deben ser castigados; pero todo ciudadano llamado o detenido en virtud de la ley debe obedecer al instante y es culpable si resiste.

VIII.

La ley sólo debe establecer penas estrictamente y evidentemente necesarias y ninguno puede ser castigado sino en virtud de una ley establecida y promulgada anteriormente al delito y legalmente aplicada.

IX.

Todo hombre siendo presunto inocente hasta tanto haya sido declarado culpable, si se juzga necesario el detenerlo, toda medida de rigor que no sea motivada por la necesidad de asegurarse de él, debe ser severamente castigada por la ley.

X.

Nadie debe ser molestado por sus opiniones, aun las religiosas, con tal que estas opiniones no perturben el orden público establecido por la ley.

XI.

La libre comunicación de los pensamientos y de las opiniones, es uno de los derechos más preciosos del hombre y del ciudadano; todo ciudadano puede pues hablar, escribir, imprimir libremente, con la salvedad de responder del abuso de esta libertad en los casos determinados por la ley.

XII.

La garantía de los derechos del hombre necesita una fuerza pública; esta fuerza está pues instituida para ventaja de todos y no para la utilidad particular de aquellos a quienes está confiada.

XIII.

Para el mantenimiento de la fuerza pública y para los gastos de administración, una contribución común es indispensable, debe ser repartida entre todos los ciudadanos en razón de sus facultades.

XIV.

Los ciudadanos tienen el derecho de observar por sí mismos o por sus representantes la necesidad de la contribución pública y de consentirla libremente, de vigilar su empleo, y de determinar la cantidad, la recaudación, la duración.

XV.

La sociedad tiene el derecho de pedir cuentas a todo agente público de su administración.

XVI.

Toda sociedad en la cual la garantía de los derechos no está asegurada, ni la separación de poderes determinada, no tiene constitución.

XVII.

La propiedad, siendo un derecho inviolable, nadie puede ser privado de ella sino cuando la necesidad pública, legalmente reconocida, lo exige evidentemente y bajo la condición de una justa y previa indemnización.



El espíritu de la Revolución

Cada año, cuando dejo mi cátedra, veo la muchedumbre que pasa, una generación que ya no volveré a ver. mi pensamiento se repliega.

Vuelvo en mí; interrogo respecto de mi enseñanza, de mi historia, su poderoso intérprete, el Espíritu de la Revolución. El sabe, los otros no han sabido. El contiene el secreto de todos los tiempos anteriores. Sólo en él tuvo la Francia conciencia de sí misma. En los momentos de desfallecimiento, en que parecemos olvidarnos, ahí es donde debemos buscarnos. En él se conserva para nosotros, el misterio de la vida, la inextinguible chispa. La Revolución está en nosotros, en nuestros espíritus.

Pobre Revolución tan confiada en tu primer día, habías invitado el mundo al amor y a la paz. "Oh, mis enemigos, decías, ya no hay enemigos". Extendiste tu mano, ofreciste tu copa para beber por la paz de las naciones. Pero no lo quisieron.

Y aun cuando vinieron a herirla, la espada que la Francia desenvainó fué la espada de la paz. Fué para libertar a los pueblos, para darles la verdadera paz, que hirió a los tiranos. Dante asigna como fundador en las puertas del infierno el amor eterno. Así, sobre su bandera de guerra la Revolución escribió: Paz.

La Francia había confiado tanto en la potencia de la idea que hizo cuanto pudo para no conquistar. ¿Teniendo todos los pueblos la misma necesidad: la libertad, de dónde podía venir la guerra? La Revolución que no era, en principio sino el triunfo del derecho, la reacción tardía de la idea contra la fuerza bruta, ¿podía sin provocación emplear la violencia? Este carácter profundamente pacífico, benévolo de la Revolución parece hoy una paradoja. Tanto se desconoce sus orígenes, su naturaleza, tanto se ha oscurecido la tradición al cabo de tan poco tiempo!

Nuestros padres, debemos repetirlo, hicieron lo que era necesario hacer, comenzaron precisamente por donde debían comenzar.

Encontraron lo arbitrario en el cielo y en la tierra y comenzaron el derecho. Encontraron el individuo des-

armado, desnudo, sin garantía, confundido, perdido en una aparente unidad que no era sino una muerte común.

Para que no tuviese ningún recurso aún en el supremo tribunal, el dogma religioso lo envolvía al mismo tiempo en la solidaridad de la falta que no había cometido; este dogma, eminentemente carnal, supone que la falta pasa del padre al hijo con la sangre.

Era necesario ante todo reivindicar el derecho del hombre, tan cruelmente olvidado, restablecer esta verdad tan real y sin embargo desconocida: "El hombre tiene el derecho, es algo, no se le puede negar, anular, ni en nombre de Dios siquiera; él responde pero por lo que, en bien o en mal, haya hecho.

Así desaparecía la falsa solidaridad. *La injusta transmisión del bien en la nobleza; la injusta transmisión del mal en el pecado original.* La Revolución los barría.

La joven libertad francesa, cuando abrió los ojos a la luz, cuando pronunció la palabra que encanta toda criatura nueva: *soy*, pues bien aun entonces, su pensamiento no fué limitado al yo, ella no se encerró en una alegría personal, ella extendió al género humano su vida y su esperanza; el primer movimiento que hizo en su cuna fué abrir sus brazos fraternales. "Soy, dijo a todos los pueblos, oh hermanos míos, sed también"

Fué su glorioso error, su debilidad conmovedora y sublime: la Revolución comenzó por amar.

Algo que a todos debemos decir, es que la época humana y benévola de nuestra Revolución tiene por actor al pueblo mismo, al pueblo entero.

En la época de las violencias, en la época de los actos sanguinarios, donde más tarde el peligro la empuja, sólo actúa un grupo reducido de hombres..

He aquí lo que he observado, verificado, en los escritos, en las palabras recogidas de labios de los ancianos.

Quedará esta frase de un viejo del barrio Saint Antoine: "Estuvimos todos el 10 de Agosto, ninguno el 2 de Septiembre".

Otro hecho revelará esta historia, es que el pueblo vaía mucho más que sus conductores. Cuanto más he buscado más he encontrado que lo mejor estaba debajo, en las profundidades oscuras. He visto que esos oradores brillantes, poderosos, que han expresado el pensamiento de las masas, pasan, erróneamente, por los únicos acto-

res. Ellos han recibido el impulso antes de haberlo dado. El actor principal es el pueblo. Para encontrarlo, para darle su verdadero rol, he debido reducir a sus proporciones reales los ambiciosos peleses cuyas cuerdas se han tirado, y en los cuales se creía ver, hasta ahora, el juego secreto de la historia.

¡Grandes y sorprendentes cosas! Pero el corazón que las dictó fué más grande aún. Los actos nada son junto a él. Esta riqueza de sentimientos fué tan grande, que el porvenir sin temor de encontrar el fondo puede beber en ella. Todo hombre que se le acerque volverá más hombre. Toda alma abatida, quebrantada, todo corazón de hombre o de nación no tiene sino mirar ahí: es un espejo en el cual la humanidad se encuentra heroica, magnánima, desinteresada, de una pureza singular, que teme el oro como el lodo, es entonces la gloria de todos.

Son los días sagrados del mundo, los días felices de la historia.

JULES MICHELET.

Historia de la Revolución Francesa.

Prefacio de 1817



EL IDEAL HUMANO

La divergencia de las vocaciones personales imprimirá diversos sentidos a vuestra actividad, y hará predominar una disposición, una aptitud determinada, en el espíritu de cada uno de vosotros. — Los unos seréis hombres de ciencia; los otros seréis hombres de arte; los otros seréis hombres de acción. — Pero por encima de los afectos que hayan de vincularos individualmente a distintas aplicaciones y distintos modos de la vida, debe velar, en lo íntimo de vuestra alma, la conciencia de la unidad fundamental de nuestra naturaleza, que exige que cada individuo humano sea, ante todo y sobre toda otra cosa, un ejemplar no mutilado de la humanidad, en el que ninguna noble facultad del espíritu quede obliterada y ningún alto interés de todos pierda su virtud comunicativa. Antes que las modificaciones de profesión y de cultura esté el cumplimiento del destino común de los seres racionales. «Hay una profesión universal, que es la de «hombre», ha dicho admirablemente Guyau. Y Renán, recordando, a propósito de las civilizaciones desequilibradas y parciales, que el fin de la criatura humana no puede ser exclusivamente saber, ni sentir, ni imaginar, sino ser real y enteramente humana, define el ideal de perfección a que ella debe encaminar sus energías como la posibilidad de ofrecer en un tipo individual un cuadro abreviado de la especie.

Aspirad, pues, a desarrollar en lo posible, no un solo aspecto, sino la plenitud de vuestro sér. No os encojáis de hombros delante de ninguna noble y fecunda manifestación de la naturaleza humana, a pretexto de que vuestra organización individual os liga

con preferencia a manifestaciones diferentes. Sed espectadores atentos allí donde no podáis ser actores.— Cuando cierto falsísimo y vulgarizado concepto de la educación, que la imagina subordinada exclusivamente al fin utilitario, se empeña en mutilar, por medio de ese utilitarismo y de una especialización prematura, la integridad natural de los espíritus, y anhela proscribir de la enseñanza todo elemento desinteresado e ideal, no repara suficientemente en el peligro de preparar para el porvenir espíritus estrechos, que, incapaces de considerar más que el único aspecto de la realidad con que estén inmediatamente en contacto, vivirán separados por helados desiertos los espíritus que, dentro de la misma sociedad, se hayan adherido a otras manifestaciones de la vida.

Lo necesario de la consagración particular de cada uno de nosotros a una actividad determinada, a un solo modo de cultura, no excluye, ciertamente, la tendencia a realizar, por la íntima armonía del espíritu, el destino común de los seres racionales. Esa actividad, esa cultura, serán sólo la nota fundamental de la armonía. — El verso célebre en que el esclavo de la escena antigua afirmó que, pues era hombre, no le era ajeno nada de lo humano, forma parte de los gritos que, por su sentido inagotable, resonarán eternamente en la conciencia de la humanidad. Nuestra capacidad de comprender, sólo debe tener por límite la imposibilidad de comprender a los espíritus estrechos. Ser incapaz de ver de la Naturaleza más que una faz, de las ideas e intereses humanos más que uno solo, equivale a vivir envuelto en una sombra de sueño horradada por un solo rayo de luz. La intolerancia, el exclusivismo, que cuando nacen de la tiránica absorción de un alto entusiasmo, del desborde de un desinteresado propósito ideal, pueden merecer justificación,

y aún simpatía, se convierten en la más abominable de las inferioridades cuando, en el círculo de la vida vulgar manifiestan la limitación de un cerebro incapacitado para reflejar más que una parcial apariencia de las cosas.

Por desdicha, es en los tiempos y las civilizaciones que han alcanzado una completa y refinada cultura donde el peligro de esa limitación de los espíritus tiene una importancia más real y conduce a resultados más temibles. Quiere, en efecto, la ley de evolución, manifestándose en la sociedad como en la naturaleza por una creciente tendencia a la heterogeneidad, que, a medida que la cultura general de las sociedades avanza, se limite correlativamente la extensión de las aptitudes individuales y haya de ceñirse el campo de acción de cada uno a una especialidad más restringida. Sin dejar de constituir una condición necesaria de progreso, ese desenvolvimiento del espíritu de especialización trae consigo desventajas visibles, que no se limitan a estrechar el horizonte de cada inteligencia, falseando necesariamente su concepto del mundo, sino que alcanzan y perjudican, por la dispersión de las afecciones y los hábitos individuales, al sentimiento de la solidaridad.—Augusto Comte ha señalado bien este peligro de las civilizaciones avanzadas. Un alto estado de perfeccionamiento social tiene para él un grave inconveniente en la facilidad con que suscita la aparición de espíritus deformados y estrechos; de espíritus «muy capaces bajo un aspecto único y monstruosamente ineptos bajo todos los otros». El empequeñecimiento de un cerebro humano por el comercio continuo de un solo género de ideas, por el ejercicio indefinido de un solo modo de actividad, es para Comte un resultado comparable a la mísera suerte del obrero a quien la división del trabajo de taller

obliga a consumir en la invariable operación de un detalle mecánico todas las energías de su vida. En uno y otro caso, el efecto moral es inspirar una desastrosa indiferencia por el aspecto general de los intereses de la humanidad. Y aunque esta especie de automatismo humano — agrega el pensador positivista — no constituye felizmente sino la extrema influencia dispersiva del principio de especialización, su realidad, ya muy frecuente, exige que se atribuya a su apreciación una verdadera importancia.

No menos que a la solidez, daña esa influencia dispersiva a la estética de la estructura social.—La belleza incomparable de Atenas, lo impercedero del modelo legado por sus manos de diosa a la admiración y el encanto de la humanidad, nacen de que aquella ciudad de prodigios fundó su concepción de la vida en el concierto de todas las facultades humanas, en la libre y acordada expansión de todas las energías capaces de contribuir a la gloria y al poder de los hombres. Atenas supo engrandecer a la vez el sentido de lo ideal y el de lo real, la razón y el instinto, las fuerzas del espíritu y las del cuerpo. Cinceló las cuatro faces del alma. Cada ateniense libre describe en derredor de sí, para contener su acción, un círculo perfecto, en el que ningún desordenado impulso quebrantará la graciosa proporción de la línea. Es atleta y escultura viviente en el gimnasio, ciudadano en el Pnix, polemista y pensador en los pórticos. Ejercita su voluntad en toda suerte de acción viril y su pensamiento en toda preocupación fecunda. Por eso afirma Macaulay que un día de la vida pública del Atica es más brillante programa de enseñanza que los que hoy calculamos para nuestros modernos centros de instrucción. —Y de aquel libre y único florecimiento de la plenitud de nuestra naturaleza, surgió el «milagro griego», —

una inimitable y encantadora mezcla de animación y de serenidad, una primavera del espíritu humano, una sonrisa de la historia.

En nuestros tiempos, la creciente complejidad de nuestra civilización privaría de toda seriedad al pensamiento de restaurar esa armonía, sólo posible entre los elementos de una graciosa sencillez. Pero dentro de la misma complejidad de nuestra cultura; dentro de la diferenciación progresiva de caracteres, de aptitudes, de méritos, que es la ineludible consecuencia del progreso en el desenvolvimiento social, cabe salvar una razonable participación de todos en ciertas ideas y sentimientos fundamentales que mantengan la unidad y el concierto de la vida, — en ciertos intereses del alma, ante los cuales la dignidad del sér racional no consiente la indiferencia de ninguno de nosotros.

Cuando el sentido de la utilidad material y el bienestar, domina en el carácter de las sociedades humanas con la energía que tiene en lo presente, los resultados del espíritu estrecho y la cultura unilateral son particularmente funestos a la difusión de aquellas preocupaciones puramente ideales que, siendo objeto de amor para quienes les consagran las energías más nobles y perseverantes de su vida, se convierten en una remota, y quizá no sospechada, región, para una inmensa parte de los otros. — Todo género de meditación desinteresada, de contemplación ideal, de tregua íntima, en la que los diarios afanes por la utilidad ceden transitoriamente su imperio a una mirada noble y serena tendida de lo alto de la razón sobre las cosas, permanece ignorado, en el estado actual de las sociedades humanas, para millones de almas civilizadas y cultas, a quienes la influencia de la educación o la costumbre reduce al automatismo de una actividad, en definitiva, material.—Y bien: este género de

servidumbre debe considerarse la más triste y oprobiosa de todas las condenaciones morales. Yo os ruego que os defendáis, en la milicia de la vida, contra la mutilación de vuestro espíritu por la tiranía de un objetivo único e interesado. No entreguéis nunca a la utilidad o a la pasión, sino una parte de vosotros. Aun dentro de la esclavitud material, hay la posibilidad de salvar la libertad interior: la de la razón y el sentimiento. No tratéis, pues, de justificar por la absorción del trabajo o el combate, la esclavitud de vuestro espíritu.

Una vez más: el principio fundamental de vuestro desenvolvimiento, vuestro lema en la vida, deben ser mantener la integridad de vuestra condición humana. Ninguna función particular debe prevalecer jamás sobre esa finalidad suprema. Ninguna fuerza aislada puede satisfacer los fines racionales de la existencia individual, como no puede producir el ordenado concierto de la existencia colectiva. Así como la deformidad y el empequeñecimiento son, en el alma de los individuos, el resultado de un exclusivo objeto impuesto a la acción y un solo modo de cultura, la falsedad de lo artificial vuelve efímera la gloria de las sociedades que han sacrificado el libre desarrollo de su sensibilidad y su pensamiento, ya a la actividad mercantil, como en Fenicia; ya a la guerra, como en Esparta; ya al misticismo, como en el terror del milenario; ya a la vida de sociedad y de salón, como en la Francia del siglo XVIII.—Y, preservándoos contra toda mutilación de vuestra naturaleza moral, aspirando a la armoniosa expansión de vuestro ser en todo noble sentido, pensad al mismo tiempo en que la más fácil y frecuente de las mutilaciones es, en el carácter actual de las sociedades humanas, la que obliga al alma a privarse de ese género de vida interior, donde

tienen su ambiente propio todas las cosas delicadas y nobles que, a la intemperie de la realidad, quema el aliento de la pasión impura y el interés utilitario proscriben: la vida de que son parte la meditación desinteresada, la contemplación ídeal, el ocio antiguo, la impenetrable estancia de mi cuento!

JOSÉ ENRIQUE RODÓ.



Difusión de la Prensa Socialista en la Argentina

Un hecho cuya importancia no es posible desvirtuar es el lento pero constante desarrollo de la prensa socialista, clara y elocuente manifestación del creciente estado de cultura de los elementos obreros cuya característica peculiar es el anhelo de tomar parte activa en la propaganda de las doctrinas socialistas, sea por medio de la palabra sea por la prensa. Y lo prueba con más elocuencia el hecho de que el primero y más firme propósito en el elemento obrero al congregarse o formar sociedades, es el de fundar bibliotecas, cuyo número alcanza proporciones, puede decirse, inesperadas. De ahí su acentuado amor al estudio, sus, a menudo, verdaderos sacrificios para dedicar algunas horas diarias a la lectura y adquirir siempre mayores y más fecundos conocimientos; luego la necesidad o tendencia a propagarlos. Y tal vez sea ésta la principal causa de la incesante aparición y desaparición de periódicos obreros y su multiplicación a pesar sin embargo del mal éxito de buena parte de ellos debido principalmente a factores económicos.

El aumento en el tiraje de un periódico señala el aumento en el número de lectores; mas un aumento en el número de propagandistas dedicados a difundir determinadas doctrinas, y esta circunstancia prueba plena e irrefutablemente el seguro desenvolvimiento de aquellas. Ejerce entre sus elementos la emulación una influencia fecunda en resultados apreciables, sirviéndoles como de acicate, teniendo en ella el «vanitas vanitatum et omnia vanitatum» su más noble confirmación. Diríase casi que es como una fiebre de saber que

se apodera de los jóvenes elementos obreros adheridos al Partido, y que impelidos por el más sincero entusiasmo y deseo de saber y de enseñar, no ahorran medio ni tiempo, ni sacrificio para conseguirlo. De ahí el sorprendente número de sus elementos intelectuales dedicados al periodismo.

Estudiando los orígenes de la prensa obrera en la Argentina, encontramos que la publicación primera de tal carácter fué «La Idea»; luego le sucedió el «Worwaertz» redactado en alemán, cuya obra alcanzó apreciables proyecciones dados los largos años de su existencia; más tarde «El Obrero», redactado en castellano para extender el radio de acción en vez de limitarlo a los solos elementos de habla alemana, y que dejó de publicarse debido a las eternas y poderosas causas, desapareció al poco tiempo; y finalmente «La Vanguardia» publicación que supo concentrar en sí fuerzas y energías capaces para alejar todo peligro de fracaso, y esto debido naturalmente a las enseñanzas que procura a sus fundadores la experiencia. Esta publicación es la que ha logrado vencer todos los obstáculos, resistiendo al tiempo y a las crisis, que en más de una ocasión amenazaron seriamente su existencia, y adquirir dentro y fuera del Partido Socialista, una importancia que no es posible desconocer. Como demostración de lo aseverado de que la prensa socialista ha aumentado grandemente su esfera de acción y en un período de tiempo bastante breve si se considera el lento proceso que debe sufrir toda doctrina o costumbre al través del tiempo, aunque sea la misma la expresión más noble y más pura de las aspiraciones humanas, queda el hecho de que este importante órgano del partido ha aumentado su fuerza y su poder, precisamente cuando las publicaciones socialistas, dentro y fuera de la capital, en todo el país,

se multiplican como agáricos después de copiosa lluvia.

Generalmente el obrero que tenga algunas nociones de socialismo, es orador o periodista, y en todo caso un activo propagandista de las doctrinas que ama y sostiene. ¿Constituye este hecho un aliciente, un factor eficaz de progreso para toda idea? Indudablemente, y volvemos a repetirlo, esta es la razón esencial de que en tan breve período de tiempo haya logrado en nuestro ambiente político adquirir el Partido Socialista una indiscutible influencia.

Con el franco y sincero entusiasmo que forma la característica de la mayoría de los defensores de toda doctrina humana, cuando estos defensores son jóvenes, idean y llevan a la práctica los proyectos más audaces, sin medir ni medios ni obstáculos, hasta que la necesidad imperiosa los despierta bruscamente de sus vagos y bellos ensueños para llamarlos a la realidad de las cosas. Y sin embargo a pesar de los continuos fracasos sufridos, lejos de aminorar éstos en los jóvenes socialistas militantes el entusiasmo, lo han engrandecido tal que hoy, después de haber desaparecido de la liza periodística un sinnúmero de hojas socialistas, sobre todo en la capital, que vivieron la vida efímera de las flores, cuenta el partido con un órgano semanario, bisemanario o quincenal en casi todos los centros y poblaciones principales de la república, publicaciones de las que unas cesaron de aparecer reemplazadas por otras de igual o mayor formato.

Lejos pues de ver en el hecho de esas continuas apariciones y desapariciones una demostración negativa de la influencia y difusión de la prensa socialista, teniendo en cuenta la causa primordial que motivó las segundas, debe reconocerse que fué su acción eficaz.

Y es de esperar y augurarse que sea ésta aún ma-

yor, pues si bien es cierto que la cultura por sí sola no es factor suficiente de progreso y de bienestar, entendidos en el sentido más comprensivo de la palabra, ni es siempre exponente de moralidad, ni acompaña siempre al corazón en sus más altas aspiraciones e ideales, es forzoso reconocer que sin ella los más bellos sentimientos humanos, las dotes más nobles y hermosas del alma no lograrían jamás alcanzar para los hombres ese grado de elevación en los dominios del arte y del ingenio que es el principal objetivo de su existencia.

ANTONIO CASACUBERTA.



La educación sin alma

Hace ya tiempo prometí unas líneas para «Humanidad Nueva», promesa que no me ha sido posible cumplir hasta hoy porque me encontraba abrumada por distintos trabajos. Allá van ellas. Nacen en una hora de tristeza, de amargura, de hondas decepciones. Es que viendo la visual por el mundo, observo detenidamente la sociedad, llego al campo de la experimentación, procuro interpretar los fenómenos, basándome en lógicas hipótesis y esta desconsoladora realidad se presenta ante mi espíritu asombrado: los hombres han perdido el verdadero sentido de la vida y cruzan sobre ella como sombras fugitivas que la rozan apenas al pasar...

En algunos casos y en algunos seres en que el dolor lejos de ennoblecer, atrofia, vibra imperiosa la necesidad de reír. Es la risa en otros una sangrienta flor de ironía y en otros la prueba de la más absoluta vaciedad o superficialidad. Lo cierto es que hoy por hoy más vale un chiste sin gracia cuando no obsceno *«que el templo de catorce columnas de un soneto»*, más, mucho más, cuatro bufonadas escénicas que la tesis medulosa de un drama intenso, más el tipo funambulesco en su mímica, en su lenguaje y hasta en sus ideas, que el sujeto silencioso y pensador en cuyo gabinete arde sin intermitencias la lámpara de las largas vigiliass, a manera de antorcha votiva en los altares de la ciencia o la belleza.

¿Que los hombres tienen necesidad de reír así, neciamente, haciendo de la risa la voz de su vaciedad?... No. Los hombres necesitan hundirse en largas inestropecciones, juzgarse según ellas, observar des-

pues orientándose en definitiva hacia el rumbo que le marcan las exigencias de su momento histórico.

Hay que sentir la vida. Sentirla hondamente, vivirla.

Se me objetará acaso, que en este vértigo que nos arrastra, en pleno siglo de la electricidad, es imposible detenerse en disquisiciones subjetivas o divagaciones metafísicas; pero ¿cómo queda tiempo para que labren sus víctimas el alcohol y el juego, en los hombres, y en las mujeres la frivolidad cuando no devaneos menos inocentes, o el histerismo cuyos morbus florecen en el ocio?

Es que la juventud que siempre debió ser hermosa y llena de promesas como una aurora, ha perdido el corazón. La madurez sonrío escepticamente, especie de gestito volteriano aprendido frente a una luna de Venecia. Los viejos rememoran, reconstruyendo escenas pretéritas. Argos, no cruzará ya los mares con su bellísima carga de locos divinos, marchando tras el lírico vellocino de oro del Ideal. Las legendarias siluetas del caballero andante y su Dulcinea del Toboso se pierden en borrosas lontananzas...

¿Dónde quedan, pues, los soñadores, los rebeldes, los torturados y bravíos, salvajes y tiernos?... Arrastrados por el ambiente, envueltos por la ola pérfida, van hundiéndose también; pero los últimos, los que aun permanecemos de pie, mantengámonos firmes, «escribamos con sangre» — como decía Zaratrustra, el evangelio de nuestro amor — vivamos intensamente...

Las dos fraguas que forjan el carácter del hombre, la educación sin alma que recibe tanto en el hogar como en la escuela, son las causas responsables de lo apuntado. La vida profunda se extingue len-

tamente como una arteria vital en la agonía, mientras tanto se yergue el imperio de la superficialidad...

Los planes de estudio y de enseñanza, todo el engranaje del mecanismo social, van elaborando estos fenómenos que apagan los magníficos lampadarios de los grandes ideales; pero la reacción no tardará en imponerse radical e inquebrantable.

Los hombres de pensamiento y de gobierno, los que poseen virtudes para conducir las almas hacia sus verdaderos destinos, en breve se harán oír desde la prensa, desde la cátedra, desde la tribuna, desde el libro, desde el teatro, desde cualquier sitio donde se pueda gritar una idea, derribando como a golpes de piqueta el andamiaje de esa educación que sólo prepara para una vida superficial y mutila las almas con una inconsciencia de manicomio.

En la actualidad se cultivan las plantas inteligentemente, se mejoran las razas animales, se crean con diversos objetos, institutos necesarios o nó; pero a la psiquis humana apenas si se le dedica una importancia de segundo orden en relación a lo que ella es y a lo que ella necesita. Ahí radica el motivo que hace morir en germen muchas bellas aptitudes, que hace fracasar hermosas vocaciones, que marca el carácter mismo, imponiendo rumbos opuestos a los de su naturaleza verdadera.

Es muy común que los individuos reciban una educación completamente contraria a sus tendencias personales, como resultado de un desconocimiento absoluto respecto a su vida psíquica; pero todos estos desacuerdos terminarán el día, acaso no lejano, en que junto a la escuela primaria se levante otra especial que facilite y haga más fecunda la obra de aquella. A manera de vivero y sanatorio de almas, fundada en una moral, una ética y una estética enteramente humanas,

ofrecerá a la histología, la biología, la psicología experimental y racional, ancho campo de observación y aplicaciones provechosas. Entonces, en ese ambiente tibio de amor y libertad, no obstante una tutela dulce y firme, en el seno de la Naturaleza, que es la mejor de las madres y la más sabia maestra, las almas se abrirán a la vida verdadera honda y consciente, como se abren las rosas, sin violencia.

MARIA JOSEFA VARELA.



EL ARDUO PROBLEMA

CONFERENCIA POR LA MARQUESA

ELENA LUCIFERO

(TRADUCIDA DEL ITALIANO POR LA DOCTORA PAULINA LUISI)

Arduo problema he llamado a éste de que pretendo hablaros y arduo, por cierto, es el venir a exponer aquí este asunto que hemos discutido otras veces, por lo menos en parte en nuestras reuniones íntimas, en Roma.

Y ahora me atrevo a decir que he aceptado hablar de él por eso mismo que es arduo y porque no siendo yo conferencista ni oradora, no tengo reputación artística ni literaria que comprometer, ni fama que conquistar; no temo pues hablar del arduo problema. Soy tal que «quanto amore spirá, noto, ed a quel modo che detta dentro, vo significando».

Si esta conferencia me demuestra que sois partidarios de mis ideas, será para mi gran fortuna; si adversos, prontos a murmurar protestas, a discutir y contradecir, comprenderé haber alcanzado por lo menos en parte mi objetivo, porque de la discusión y la polémica surge la verdad.

Y es precisamente la verdad, la que yo desearía encontrar, porque en ella solamente está el remedio posible contra el mal y gozosa me dejaré convencer de haberme equivocado si la afirmación de mis errores puede ser causa de que otros se acerquen al descubrimiento de esta anhelada verdad.

Se me perdonará, espero, que me dirija, sobre

todo, a las que aquí me llamaron: a las mujeres y a las madres, porque nosotras, las mujeres, hasta ahora hemos quedado extrañas a la solución de este arduo problema, con perjuicio enorme para la familia y para la sociedad; y no obstante, somos nosotras las que, más que nadie debemos buscar esta solución con ánimo sereno; estudiando el problema desapasionadamente y con altura para enseñar luego a los hombres a contemplarlo con pureza de ideas y nobleza de sentimientos; para hacer que ellos lo estudien ponderadamente, puesto que se trata de cuestiones que por largo tiempo han ofrecido campo libre a la más desenfrenada licencia, a la más vulgar frivolidad, al más vil imperio del instinto indómito; y desgraciadamente, con el tácito consentimiento de nuestro sexo mismo que es la inerme e infeliz víctima de semejante estado de cosas: víctima la mujer; víctima la familia, víctima los hijos y, por un fatal círculo vicioso, víctimas también los hombres y creadores a su vez de nuevas víctimas.

No sólo como mujeres, sino como madres de familia, como tutoras del hogar doméstico, como custodias de las generaciones nuevas, tenemos el deber sacrosanto de afrontar el problema de las relaciones entre los sexos con la deferencia que se tributa a los sagrados misterios de la naturaleza y con el valor que inspira una causa santa. Y es santa causa buscar la solución sana y equitativa del problema de las relaciones entre la mujer y el hombre: fuente de vida de las generaciones futuras, fuente de salud para el cuerpo y el espíritu de la generación que vemos florecer: base de un orden social digno de la civilización que a través de los siglos, la humanidad va consiguiendo.

Así como el musulmán se quita el calzado antes de entrar al templo para no contaminarlo con el vul-

gar polvo del camino; así, nosotras, al encarar los problemas más elevados de la generación de nuestra especie, debemos purificar nuestro espíritu alejando de él todas las reflexiones equívocas, superficiales y malignas o perversas que tantos espíritus han expresado sobre el altísimo misterio del amor y la procreación.

Nuestra alma ingenua y deferente debe inclinarse con veneración ante el gran fenómeno natural de la conservación de la especie como ante todas las maravillosas manifestaciones de la naturaleza; y así esto no ha sucedido aún en nuestros días, es que ha primado aquella ley de la evolución que quiso que el primer móvil humano fuera el egoísmo y la primera dominación, la del más fuerte.

El amor considerado hasta ahora solamente desde el punto de vista del placer egoísta de un sexo solo, quedará envilecido, brutalizado y humillado mientras dure semejante concepto.

En vano el cristianismo trató de ennoblecer el acto de la conservación de la especie consagrándolo con ritos solemnes: frente a las inveteradas costumbres, resultó solamente una hermosa teoría desmentida necesariamente mientras el sexo más directamente víctima de los abusos deplorados quede indiferente, inconsciente, mudo ante la vergüenza de las actuales costumbres de nuestros hombres que buscan solamente el placer brutal de los sentidos. Lamentando sólo sus personales desgracias, ignorantes de las miserias colectivas y de los propios derechos, las mujeres sufren con indiferencia malsana, el martirio que les imponen atávicas costumbres; del mismo modo que puede uno resignarse a una fatalidad inexorable; porque considerando incurable la herida, se trata de disimularla ocultándola y callando y porque es pos-

tulado de la buena educación en el sexo femenino ignorar o fingir ignorar la existencia del arduo problema... Mientras se pudo creer incurable esta llaga, era legítimo tratar de ocultarla para no exhibir en vano y de continuo a la general repugnancia un estigma indeleble y buscar de salvar por lo menos en apariencia la estética de la vida.

Pero ha concluido la fatal resignación con la cual los hombres esperaban inertemente el anuncio del fallo de los dioses. La humanidad se convierte cada día más en artífice de sus propios destinos. Ya no creemos en el mal inevitable y elevamos con fe la frente altiva hacia las estrellas, para conquistar toda la bondad, toda la belleza. Y es por eso que no podemos ya cerrar los ojos resignados al espectáculo humillante y doloroso que ofrece la corrupción prematura de la juventud de ambos sexos y el desprecio supino hacia la mujer que se manifiesta en la organización de la prostitución como entidad social y cuya consecuencia es el envilecimiento del amor y la vida del hogar; el embrutecimiento de la razón y la neurastenia invasora ocasionada por abusos prematuros y por enfermedades contaminadoras.

Junto a nuestro sagrado altar doméstico surge un mundo turbio de bajos instintos y corruptoras concupiscencias que amenazan la integridad de nuestra familia, que destilan sutil veneno en la sangre y el alma de nuestros hijos y que hacen enrojecer nuestras altivas frentes radiantes de nobles ideales.

Y es sin embargo hacia ese mundo sombrío donde debemos dirigir la mirada sin temor y sin cobardía; debemos conocerlo, y descubrir toda su escuálida repugnancia, para combatirlo y destruirlo. Hablaros de este mundo es pues mi obligación ingrata y sobre muchos horrores físicos y morales habré de

discurrir y sobre sufrimientos y dolores sin fin. Me sea ello perdonado, pensando que sólo el conocimiento del mal puede traer el remedio. El verdadero pudor está en combatir el mal y no en tolerarlo. Cuántas hermosas esperanzas; cuántas nobles energías cuántas soberbias aspiraciones han perecido anegadas en el limo inmundo de la perversión sexual, de la prostitución y de las enfermedades por ella propagadas! Y he ahí que me apercibo de haber designado por su nombre al peligro que acecha a nuestros hijos en los umbrales de la pubertad; cuando su inteligencia y sus sentimientos florecen con los más hermosos sueños, cuando sienten agitarse dentro de su ser todo un mundo de deseos, de aspiraciones y de ideales.

La fascinadora juventud brilla en sus ojos; los labios sonríen, el alma se expande... más he ahí que un día se enturbia la mirada; empalidecen los rostros rubicundos, se ahuecan las mejillas; cesan las repentinas risas y el espíritu entristece... nuestro hijo ha probado el veneno de aquel mundo insidioso; las flores de su cuerpo y de su alma se marchitan... el veneno fatal corre por su cuerpo y por su espíritu corrompiendo su sangre y su alma.

Todas las madres deben temblar ante esta idea; temblar de horror al ver con la fantasía, a su hijo, el fruto de su amor, de sus entrañas, de sus dolores, de sus más constantes y asiduos cuidados, arrastrado por el fango, violado en el alma y en el cuerpo.

Violado digo, porque no es la voluntad libre; no es el instinto de la naturaleza, no es la necesidad fisiológica, lo que arrastra por el limo de la perversión a esa flor de nuestra juventud antes de haber alcanzado su madurez sexual; es la fuerza desmoralizadora del ambiente, es la corrupción de las costumbres, es la ocasión fácil, es el prejuicio y el mal ejemplo,

quienes precipitan a nuestros jóvenes en la vorágine que nos devolverá almas debilitadas, cansadas, envilecidas, cuerpos enfermos y contaminados, voluntades quebradas por la costumbre de goces inmundos e incapaces de elevarse a mayores empresas. Hasta los mejores, aquellos que tienen instintos elevados, se creen en el deber de rendir culto al prejuicio social que quiere que el joven haga «vida alegre».

Los jóvenes creen que deben demostrar y ejercer la propia virilidad y aquel que no toma parte en estas «farras» y que, más serio, de más elevado espíritu o más fuerte voluntad queda dueño de sus instintos y puro de costumbres; es perseguido con frases irónicas o humillantes propósitos; puesto que las nociones morales de nuestra juventud son tales que no consienten la aspiración a la sencillez y pureza voluntaria en las costumbres. He oído con mis propios oídos a más de un joven confesar con vergüenza haberse dejado arrastrar por sus compañeros a cometer actos que le repugnaban, únicamente para concluir con las bromas de mal gusto, con las insinuaciones malévolas o calumniosas. Es una falta de voluntad y de principios tanto más perdonable en los jóvenes cuanto que sabemos el prurito del adolescente en pasar por adulto renegando antes de tiempo de su propia juventud. Es este un motivo más para tutelar a nuestros hijos; para proteger su integridad física y moral hasta que la plena madurez del cuerpo y del espíritu puedan ser baluarte seguro de su individualidad; hasta que ellos mismos sepan responder de su persona con su responsabilidad propia.

Las leyes no admiten la libre disposición de la propiedad antes de los 21 años y muchos países no consienten el matrimonio antes de los 25 sin permiso de los padres y sin embargo, todas las madres se

resignan, tácitamente cómplices, a dejar al hijo disponer de su cuerpo y de su alma a los 14 ó 15 años y mucho antes aún; ellas consienten en que se arruinen el sistema nervioso; que aminoren fuerzas de su intelecto; que se pongan en contacto con toda la hez social que contraigan enfermedades que perturbarán su organismo para toda la vida; y todo esto en homenaje a la tradición y al prejuicio.

La madre cree que es un deber abandonarlo a sí mismo en plena libertad, en esa edad peligrosa en la que, más que nunca, el joven necesita una amiga suave y afectuosa que lo guíe con mano segura a través de los peligros que lo circundan en el mundo y conturban íntimamente su espíritu; en esa edad en que el alma se expande y la sangre se enciende. Y no obstante es en este momento crítico cuando discretamente nos retiramos entre las sombras para no molestar con importuna solicitud sus llamadas «diversiones». Es en este momento en que comenzamos a repetir hasta la más dolorosa saciedad esta frase de mal agüero «Il faut que jeunesse se passe». La repetimos a veces con el corazón palpitante, espasmódicamente, como un desesperado repite una plegaria para ilusionarse a sí mismo aunque no crea en ella... y en efecto, no conseguimos creerlo y la ciencia nos da la razón.

La ciencia dice por intermedio de sus ilustres representantes en todos los países, que han hecho del problema sexual objeto de estudio de toda su vida, dice que el cuerpo del hombre raramente alcanza su normal y completa madurez viril antes de los 21 años y que todo uso o abuso antes de la madurez completa y fisiológica es deletéreo para el organismo. Según una estadística prusiana el 25 por ciento de los infectados por la sífilis son estudiantes y entre

éstos el 25 por ciento no han llegado aún a los 18 años. Qué significan estas cifras terribles? Que mientras hay entre 100 enfermos de sífilis 4 soldados, 9 obreros, 30 prostitutas, hay 25 estudiantes. La cuarta parte de estos enfermos de sífilis son estudiantes... todos jóvenes! Sobre 100 estudiantes enfermos hay 25 menores de 18 años; un cuarto de estos enfermos habrían estado en condiciones de madurez fisiológica solamente tres años después de haber adquirido el mal.

Justamente los estudiantes secundarios y universitarios pertenecientes en su mayor número a familias acomodadas; en la flor de la inteligencia y de la cultura, sucumben a la enfermedad en una edad en que la higiene misma no admite aún la madurez viril. Frente a estos hechos que bien pudiéramos llamar trágicos, preguntémosnos nosotras las mujeres, nosotras las madres, ¿hemos cumplido verdaderamente nuestro deber de educadoras? ¿hemos cumplido nuestra función social y natural de la conservación de la especie?

¿Tenemos el derecho de tolerar que con nuestro tácito consentimiento nuestros hijos, los futuros maridos de nuestras hijas, los padres de nuestros nietos, los dueños del porvenir, arruinen oprobiosamente su vida?

No, nosotras no tenemos ese derecho.

La moral moderna no está ya fundada sobre la idea de la Inspiración Divina ni sobre reglas arbitrarias; ella se va apoyando cada vez más sobre esa aspiración de acercar al hombre al mayor grado de perfeccionamiento en todas sus actividades y en todas sus fuerzas. También ella pretende economizar, no identificar, al individuo con la colectividad. Un día, cuando nos hayamos despojado de tantos prejuicios

cios llamaremos moral a todo aquello que tienda a elevar al individuo perfeccionando la raza y acentuando la conciencia de la solidaridad entre el individuo aislado y la colectividad. Llamaremos inmoral a todo lo que disminuya o rebaje al individuo física, espiritual o estéticamente, envileciendo en el ejemplar deteriorado a toda la especie humana.

Nada rebaja tanto al individuo, nada destruye tanto la raza como el envilecimiento del instinto generador de la misma vida; como el abuso de la potencia engendradora. La ciencia nos dice que hasta los 21 años el joven debería en el propio interés de su desarrollo normal, abstenerse de la función sexual y es nuestro sacrosanto deber de seres humanos, de mujeres, de madres, vigilar que este postulado de la ciencia sea respetado: respetado por la ley, por el estado, por las costumbres, por la moral y por la familia. Basta ya de falsos pudores; basta de silencios discretos, de torpes resignaciones.... Lucha franca y abierta queremos por ese ideal; por la incolumidad de nuestra juventud; por la integridad de las generaciones futuras. Concretemos por ahora nuestro programa de lucha a esta sola aspiración: reformar el ambiente en manera de impedir a los jóvenes el ejercicio sexual antes de su mayoría de edad para que entren impolutos a la libre disposición de sus haberes y de su persona; en plena florecencia de su organismo sano e invulnerable. Entonces podremos dejarlos bajo la tutela de su propia responsabilidad, tranquilas por el destino de la raza. Si la sociedad fuera más adelantada podría con todo derecho responsabilizar a los padres por el abuso de la función sexual de los menores como lo hace cualquier otro delito, (¿no lo hace cuando es mujer?). Es este uno de los mayores delitos que se pueden cometer contra sí

mismo y contra la sociedad y es justo responsabilizar de ello a quienes está confiada la tutela del propio hijo.

Pero ¿cuáles son los medios de purificar el ambiente para alejar las tentaciones y proteger al joven?

Pregunta ardua y compleja en la que entran a la vez factores como el estado, la ley, la seguridad pública, la escuela, la familia y sobre todas ellas, la opinión pública; este árbitro tiránico de la vida, que dicta leyes, se impone al Estado, penetra en las familias, e impera soberana, y en homenaje a la cual es lícito, más aún, es necesario, que un jovencito «bien» busque asiduamente las mujeres que precisamente «no son bien». Sacudir la tiranía de la opinión pública, hacer propaganda por nuestra causa, dar fe a los escépticos, sacudir a los indiferentes, convertir a los adversarios, he aquí el primer paso para alcanzar el éxito en éste, como en cualquier otro movimiento.

Mas, antes de pensar en el remedio, miremos bien de frente los peligros que corre nuestra juventud. Ellos son de dos categorías: el peligro puramente físico y el peligro moral. El primero consiste en el peligro de contaminación de enfermedades que perturban profundamente el organismo y que por su gran contagiosidad son un peligro social inmensamente serio.

El peligro moral consiste en el contacto con la perversión de la prostitución en todas sus formas, desde la más ínfima y repugnante meretriz hasta la más elegante y refinadamente perversa mundana. La primera pone al joven en relación aunque indirecta, con el mundo de la criminalidad masculina; la segunda, de apariencias más estéticas es talvez más in-

sidiosa, porque vuelve excesivamente refinada su sensualidad y desvirtúa tan completamente el sano concepto de la vida, que la actividad y los principios morales del joven se ven más de una vez comprometidos o desviados y precisamente en el período más vigoroso y fecundo de la vida adulta, cuando no de toda su vida.

Si las relaciones con esas mujeres que de ello hacen profesión, disminuyen la energía de la voluntad, el noble esfuerzo de la mente, el equilibrio del sistema nervioso en los jóvenes que derrochan entre esta gente lo mejor de sus energías; existe otra forma de desviación moral talvez más grave aún por sus consecuencias, morales y sociales: la seducción de muchachas honestas y el desconocimiento de la paternidad. Estos tres factores desorganizantes para el porvenir del joven: contaminación física, prostitución y seducción están íntimamente ligados así en su causa como en sus efectos y tienen el mismo origen: el concepto erróneo del valor social de la mujer, desgraciada consecuencia de tradiciones seculares.

La conciencia del hombre respecto a la mujer debe formarse sobre bases más nobles para ésta, pues hasta ahora la sociedad considera a la mujer desde dos puntos de vista solamente; (en este caso la palabra sociedad significa el hombre). La mujer propia sea esposa, madre, hija o hermana que debe ser un objeto sagrado, un ángel etéreo muy por encima de las pasiones y de las ambiciones de los demás, un dechado de pureza ideal; la mujer ajena que es caza libre y aque! más diestro o afortunado que puede conquistarse esa presa, se la tenga. Una vez conseguida, el cazador se siente asaltado por escrúpulos morales y la desprecia. Humillar a la mujer sirviéndose de ella como instrumento de placer ¿qué impor-

ta?. La mujer ha sido creada para servir al hombre; la mujer ha nacido para sacrificarse a él y por lo tanto así cumple su misión cuando como madre o como esposa es sumisa y virtuosa en el hogar doméstico; como cuando prostituta en una casa pública obedece... La moral es esa...

Nó, la mujer no ha nacido para servir al hombre; uno y otra han sido creados para santificar la naturaleza; son acordes de una misma armonía y no se puede rebajar a una sin producir áspera disonancia de funestos resultados sociales... Solamente el respeto de la dignidad humana, moral y sexual de la mujer podrá devolver a nuestra sociedad el equilibrio de sus fuerzas, y nuestras mejores energías deberán concentrarse en la investigación de tal forma social, sea cual sea, que haga posible el respeto de las aspiraciones legítimas de ambos sexos sin el sacrificio de uno al otro.

Para acercarnos a la solución de éste, el más arduo de todos los problemas, examinemos esa desgraciada triada de males, comenzando por el que hoy despierta las más urgentes preocupaciones de los hombres de ciencia y de Estado; la contaminación física mediante el genococo que produce la blenorragia y el espiroqueta que produce la sífilis. Solamente después del descubrimiento de estos dos micro-organismos, pocos años ha, se ha conseguido demostrar que de ellos deriva un mundo infinito de enfermedades diversas y graves, atribuidas en otro tiempo a causas orgánicas o accidentales, porque, aún después de una aparente curación continúan en el organismo su obra destructora. Con perjuicio enorme para la salud pública se creyó durante mucho tiempo, y los profanos de la medicina aún lo creen,

que las enfermedades ocasionadas por el gonococo eran pasajeras, de poca importancia e inevitables en la juventud. En cambio está demostrado por los más severos procedimientos científicos que este microbio envenena el organismo y no contentándose con producir lesiones locales o banales, puede producir sobre todo cuando pasa al estado crónico, lo que sucede fácil y frecuentemente, toda una serie de enfermedades que hacen sufrir cruelmente, y convierten al enfermo en un sér inútil, gravoso a los demás y a sí mismo. Las artritis, endocarditis, meningitis, flebitis, neuritis, nefritis pueden ser consecuencia en la edad adulta de una infección gonocócica adquirida, cruel expiación de los errores de la juventud.

Si la salud del hombre puede quedar gravemente comprometida, es talvez más fatal y más inmediata la infección gonocócica en la mujer; y la esposa inocente sufrirá dolorosamente el perjuicio de errores que ella no ha cometido. El gonococcus cuya infección puede ser crónica y dar fenómenos apenas perceptibles, es indefectiblemente transmitido a la joven esposa. En los primeros días del matrimonio que deberían ser los más hermosos de la vida, cuando el abandono de un sér a otro sér, de un alma a otra alma debería irradiar hermosas fulguraciones en el corazón y en la mente, la novel esposa debe luchar entre dolores y sufrimientos anunciadores de uretritis, salpingitis, y endometritis que pueden ser tan graves como para producir peritonitis y aún la muerte. Es cierto que pocas veces el mal alcanza tales proporciones, pero es frecuentísimo que el gonococcus se contente con producir enfermedades crónicas más que suficientes para amargar la existencia ya que no para truncarla. (La autora omite decir las terribles consecuencias de la infección gonocócica del punto

de vista de la procreación: una enorme cantidad de matrimonios son estériles sea por la enfermedad producida en la uretra masculina, sea sobre todo por las inflamaciones genitales producidas en la mujer por la infección neisseriana que destruyen o alteran sus órganos reduciéndolos a la más completa e incurable esterilidad).

Un porcentaje enorme de las llamadas enfermedades de señoras son producidas por el gonococcus y las endometritis y las salpingitis que tan cruelmente amargan la existencia y agrían el carácter, son el regalo de bodas ofrecido a veces inconcientemente por el enamorado esposo.

Otras muchas consecuencias aunque menos graves produce la infección del gonococcus. A veces después del nacimiento del primer hijo, los órganos reproductores de la mujer quedan resentidos de tal modo que son incapaces de recibir el germen de otra vida y muchas uniones son fructíferas de una criatura sola, porque son víctimas de la mencionada infección. Mas no basta aún. El mayor número de ciegos de nacimiento son víctimas de esta misma enfermedad y aunque desde el momento que el niño ve la luz se emplean lavajes y precauciones antisépticas para vitar la ceguera, ésta es no obstante de una frecuencia aterradora, sobre todo entre aquellas clases sociales en las que la pobreza, unida a la ignorancia, conspiran para perpetuar todos los males.

Peores desastres aún produce la sífilis. Si el gonococcus se contenta por lo general con dos víctimas, el espiroqueta además del padre y de la madre hiere certeramente al hijo.

Al que tiene la desgracia de adquirirla la sífilis proporciona síntomas dolorosos y atormentadores. La curación fastidiosísima, parece interminable, porque

después de cuidadoso tratamiento, cuando el mal parece extinguido, pueden volver inopinadamente manifestaciones que son muy contagiosas. Si no se consigue vencer el período secundario se entra en el período terciario cuya duración no tiene límites. A veces toma la forma de neurastenias graves, de enfermedades mentales, de locura o de enfermedades de la médula espinal; la ataxia locomotriz y casi todas las parálisis progresivas son consecuencias de la sífilis.

Otras enfermedades diversas tienen también su origen en ella; artritis, esclerosis, endocarditis, úlceras que nunca se cierran; tumores llamados gomas sífilíticas, perforaciones de órganos, tienen su origen en sífilis adquirida durante la juventud. Muertes repentinas y prematuras, enfermedades que inutilizan para todo trabajo y que lentamente matan, son el doloroso fruto que saca el hombre de relaciones desgraciadas e irreflexivas contraídas durante la indefensa juventud.

Pensad qué desastre, qué dolor significa para una familia la muerte del marido o del padre, o una larga enfermedad que lo reduce a la inactividad y a la miseria! Pensad en lo que ocurre con la mujer de ese infeliz, más infeliz aún porque inocente y casi siempre ignorante del peligro que la amenaza! Desgraciadamente existen avariosos que o por ignorancia o por creerse curados cuando aún no lo están, contraen matrimonio.

Fournier y otros sabios que han estudiado estos problemas, citan numerosos casos de individuos que creyéndose curados se casaron sin consultar al médico, y otros casos más dolorosos aún y desgraciadamente no poco frecuentes (lo que nos hace enrojecer de vergüenza por la moralidad de la raza) que con-

trajeron matrimonio obstinándose contra las advertencias y la oposición de los médicos. ¿Qué sucede en este caso con la esposa?

Generalmente esta desgraciada se ve atacada de síntomas morbosos específicos y mientras ella ignora la causa de su enfermedad el marido que la conoce tiene la precaución de pedir al médico que reserve la naturaleza del mal.

El facultativo, para evitar disgustos de familia oculta la causa de la enfermedad medicándola con otro pretexto y he ahí a la esposa contaminada físicamente y contaminado también el lazo moral de afecto y de confianza que debe unir a los esposos.

La falsedad y el engaño han penetrado en la unión conyugal y empiezan a envenenar la intimidad de la familia. Guay! del día en que la esposa descubre la verdad sobre la naturaleza de su mal y el engaño de que ha sido víctima.

¿Cuál podrá ser su estimación y cuál su amor hacia el hombre que después de haber destruído su salud la ha engañado cobardemente? ¿Qué tragedias intensas, secretas, terribles se producirán bajo ese techo conyugal; y qué dolor, qué humillación, que resentimiento amargará la vida de una mujer tan cruelmente ofendida y denigrada en su naturaleza física y moral por el hombre a quien confiada entregó toda su existencia!

Pero antes de la tragedia moral, llega la catástrofe material; la enfermedad grave. Solamente un tratamiento largo e intenso puede traer la curación y la mujer que no conoce su verdadero mal se someterá difícilmente a continuar por largo tiempo un tratamiento cuya razón no comprende puesto que no tiene manifestaciones externas; resultan de ello tratamientos interrumpidos e insuficientes y desaparece

la esperanza de una curación completa hasta que la mujer descubra, como inevitablemente sucede, cuál es su enfermedad.

Entonces el dolor moral superará con exceso a los sufrimientos físicos y nacerá la desunión en el vínculo matrimonial.

Hablemos ahora del tercer protagonista del triste drama: el hijo, o mejor, el futuro hijo, porque el 90 por ciento de la descendencia de los sifilíticos no llega a nacer viable: tristes frutos que se desprenden del árbol materno cayendo marchitos antes de su madurez. No son raras las series de seis, siete, y más abortos de padres sifilíticos, que dejan concluida y aniquilada la salud de la pobre madre sin la compensación de un hijo siquiera. Y es todavía una felicidad que de semejantes uniones no haya hijos, porque éstos estarían condenados unos a morir de atrepsia o de convulsiones en los primeros meses de su existencia, los sobrevivientes a caer por falta de vitalidad, víctimas de tantas enfermedades a las que resisten los hijos de padres sanos; o a arrastrar una mísera existencia afectados por sífilis hereditaria, por degeneraciones físicas o intelectuales.

He ahí, el sombrío, el doloroso cuadro de la familia contaminada que preocupa cada vez más a médicos, higienistas y sociólogos; porque es causa de una decadencia inmensa para la raza humana, que deseáramos elevar cada vez más a otras mayores perfecciones que con la ciencia y la voluntad podrían y deberían alcanzarse.

Es cierto que los tratamientos médicos se van perfeccionando y pueden atenuar y hasta curar las sífilis; pero ellos exigen aplicaciones pacientes y constantes durante mucho tiempo y son tan cansadores y

penosos que muchos enfermos se hastían de ellos antes de haber obtenido el resultado apetecido.

Debería penetrar en el espíritu de las masas el conocimiento de la gravedad del mal y la confianza en una posible curación mediante largos y constantes tratamientos para que, aún aquellos que no pueden eliminar del todo las causas de su enfermedad puedan por lo menos ver atenuados sus desastrosos efectos. Para facilitar a los enfermos estos indispensables tratamientos de los cuales huyen apenas se ven aparentemente mejorados, muchas veces por temor a que se descubra la enfermedad que los aqueja; es necesario concluir de una buena vez con el prejuicio de enfermedades vergonzosas.

Vergonzoso es según mis sentimientos personales, que la sociedad tolere instituciones como la prostitución; que tolere la depravación del sér femenino por ese escandaloso mercado oficial; vergonzoso es que el sér masculino provocando al meretricio o valiéndose de él, se deshonre en su fango. A esta sana y noble vergüenza no hemos llegado aún por desgracia. Una sociedad que tolera esas vergüenzas; que más aún, las justifica como necesarias, no tiene el derecho de llamar vergonzosas a aquellas enfermedades que son una fatal consecuencia de aquello mismo que ella tolera y sostiene. Prostituirse con una prostituta es una degradación; contraer de ello una enfermedad es una desgracia.

Destruído el concepto de enfermedad vergonzosa, más voluntaria y más radicalmente se curarán los enfermos y más humanos y morales seremos al juzgarlos; más reposada y sensata será la sociedad en sus disposiciones contra la causa de estas enfermedades: la prostitución y la inmoralidad.

Desgraciadamente, el Estado mismo, sancionan-

do y reglamentando el acuartelamiento y la vigilancia higiénica (oh ironía de las palabras!) de la prostitución, se hace cómplice del delito favoreciendo la difusión del veneno que intoxica las venas de nuestra juventud. El Estado, al consagrar el envilecimiento de la mujer y por necesaria consecuencia el del hombre, incita a la perversión.

Y nosotras madres; nosotras mujeres toleramos que la juventud sea víctima de engaño, confiando en la vigilancia del Estado como en un talismán contra las infecciones; cuando su acción no es más que ineficaz e ilusoria...! nosotras toleramos la existencia de instituciones que ponen al alcance de nuestros hijos la corrupción y las infecciones; nosotras toleramos instituciones y reglamentos que degradan a esas mujeres que serían tal vez nuestras iguales si no hubieran sido arrastradas en el fango por la desgracia; seres que tienen semblanza femenina y humana y por los cuales nuestro sexo se cubre de infamia!

Y sin embargo entre esas desgraciadas, pocas son las que han sido arrastradas a esa peligrosa y triste profesión por sus propios y malsanos instintos. Generalmente han sido arrojadas a la corrupción desde la primera adolescencia o por un malvado que abusa de ellas o por la desidia de los padres; tal vez por su ejemplo y alguna vez quizá por la voluntad de aquéllos, que la empujan al vicio para aumentar de esta manera escasos recursos pecuniarios. Otra cantidad de estas desgraciadas se venden para atenuar la miseria de un salario que no les alcanza para vivir.. Sabemos bien que no solamente pobres obreras o modistas, sino empleadas y muchachas de cierta cultura ganan un sueldo que sería más que suficiente para alfileres de una señorita alojada, nutrida y vestida por su familia; pero que jamás alcanzarán a

pagar el alojamiento, alimentación y vestuario de una persona sola por modestas que sean sus pretensiones. ¿Cuál es la lógica consecuencia de esta situación? Que aquella que no tiene el valor de conformarse para siempre con una vida angustiosa de sacrificios y miseria, en aras de un abstracto ideal de moralidad, trata de aumentar su misérrimo salario, bajando accidentalmente, con más garbo y menos infamia que otras a las filas de la prostitución, en las que las más débiles quedarán, porque en el ambiente corruptor que aniquila las fuerzas físicas y morales se pierde el amor al trabajo y el valor para soportar las privaciones.

Más infelices aún son las que no pueden levantarse después de un primer error pasional. Traicionadas y abandonadas por el amante, rechazadas por la familia, despreciadas por la sociedad, concluyen por perder la estimación de sí mismas y la fe en la vida, y bajan la pendiente rodando hasta el abismo.

Si consideramos las filas de esas desgraciadas que la sociedad marca con su más profundo desprecio, no podemos menos de echar en cara a esa misma sociedad la acusación justísima de que es ella y sólo ella la culpable de tanto mal y de tanta desventura.

Excepto un muy limitado número de mujeres de instintos extraviados que se hubieran dado a la corrupción aún nacidas sobre un trono; la inmensa mayoría de las caídas son víctimas de la sociedad misma que las fulmina con terrible anatema. Si el Estado y los municipios velaran sobre la juventud abandonada y sacándola de la vía pública la recogiesen en institutos educacionales donde se les enseñase profesiones u oficios útiles, sin esperar para esto la época en que esta juventud llega a una corrupción irreparable; si los salarios fueran suficientes para la

vida simple y honrada de la mujer modesta, muy pronto veríamos llenarse de claros las filas de la prostitución profesional, clandestina y accidental.

Pero a estas providencias radicales no se llegará tan pronto aún.

Tanto para los males sociales como para las enfermedades individuales estamos lejos de haber alcanzado la previsión mediante la higiene en vez de buscar el remedio cuando el mal ya retuerce el organismo.

En las salas policiales se ven a menudo reunidos diversos tipos de mujeres: la pervertida y corrupta que una vida de abyección ha vuelto cínica e insensible a todo buen sentimiento; y junto a ella, la joven apenas iniciada en la vida del vicio; temerosa aún y mortificada por la vergüenza de semejante humillación. Si las mujeres buenas y nobles tuviesen el valor de afrontar este repugnante ambiente y de penetrar en él, tal vez muchas almas extraviadas y dolorosas pudieran ser salvadas y conducidas por la recta vía.

En Bélgica por una ley reciente, todas las menores sorprendidas en flagrante culpa de prostitución o reconocidas culpables de corrupción o en peligro de tal, son internadas no en reformatorios para delincuentes, sino en educandos gubernativos cuya acción está inspirada en los conceptos pedagógicos modernos y donde se enseña a esa juventud un oficio o profesión para luego proporcionarle ocupaciones salvadoras.

Este óptimo sistema es mucho más radical y eficaz que el vigente entre nosotras (la autora es italiana) por el cual las menores prostituídas son restituidas a los padres que han sido muchas veces ellos mismos los instigadores del vicio.

La propaganda en favor de una reforma radical en la tutela de la menor frente al vicio, ofrece a la mujer de corazón un noble campo de iniciativa generosa. Salvando a la muchacha de la corrupción se eliminaría una fuente continua de desgraciadas que son a la vez corruptoras de la juventud masculina; se disminuiría el número de esas infelices que en todas las esquinas tienden las redes para atrapar a nuestros hijos inexpertos, curiosos, inquietos y apresurados en iniciarse en eso que llaman amor. Estas primeras impresiones de la vida sexual; este primer contacto íntimo con la mujer, verificado de semejante manera puede arruinar para muchos años la existencia de un hombre, cuando no para siempre, creando deseos y costumbres no impuestos por la naturaleza sino por perversiones del instinto y despertando en su corazón ese desprecio hacia el ser femenino que se manifiesta aún en las leyes civiles y en todo el rodaje social.

En tanto que nadie se había ocupado de' peligro que corría la mujer contaminada por los hombres, los gobiernos se ocupaban de la salvación de éstos desde las primeras apariciones de la sífilis en 1498. De ahí los primeros reglamentos higiénicos contra las mujeres de mal vivir: originarios de Francia se difundieron como la sífilis por toda Europa.

De ahí un sistema arbitrario de seguridad pública que expone a la mujer, no sólo a la que se sospecha de prostitución sino hasta la más honesta, al riesgo de ser detenida por los agentes de la «police des moeurs», arrastrada por la fuerza pública, obligada a una visita humillante después de la que será inscrita bajo la vigilancia de la policía o puesta en li-

bertad después de haber pasado por indecibles emociones y sufrimientos.

Y mientras se inflige semejante tratamiento a la mujer que cede a la dura necesidad de la miseria ¿qué control higiénico se emplea con el hombre que es el necesario vehículo y sin el cual no podría existir la prostitución?

Italia tiene el orgullo de ser uno de los primeros países europeos que con la ley Crispi se emancipó de la vergüenza medioeval de los reglamentos de la policía de costumbres e introdujo un régimen más liberal y más humano. Tiene éste, sin embargo, el defecto de limitarse a una suave e ineficaz tutela higiénica en beneficio del hombre solamente y de mantener una relativa vigilancia sobre las mujeres regularmente inscritas, dejándolas a merced de cualquiera a quien se le antoje contaminarles su propia enfermedad.

En Italia sería casi imposible el escándalo Forissier que provocó en Francia una gran agitación pública y que dió por resultado en 1903 bajo el ministerio Combes, el nombramiento de una comisión extraparlamentaria para el estudio del « Régime des Mœurs ». Para dar una idea de la obra purificadora de la policía no sólo de Francia sino de Alemania y de la mayor parte de los países europeos, contaré el caso Forissier, representante típico de millares de casos ignorados.

Dos señoritas, una hermana y otra novia de Forissier, distinguido publicista y periodista de « La Lanterne », regresando del teatro, bastante tarde, en la noche fueron detenidas por dos agentes de policía de costumbres como sospechosas de prostitución.

En vano protestaron las señoritas, en vano protestó Forissier que las acompañaba; ellas fueron

arrastradas a la comisaría y encerradas toda la noche junto con un grupo de prostitutas, por más que Forissier quisiera comprobar la identidad de aquéllas. Sometidas por la fuerza, en la mañana siguiente a una visita médica humillante pero que probó su inocencia, fueron al fin puestas en libertad después de angustias y sufrimientos morales indescriptibles.

Por fortuna Forissier tuvo el valor de aprovechar su posición de periodista para enterar al público de las vejaciones a que estaba expuesta una libre y honesta ciudadana francesa. La opinión pública de todo el país se agitó y pidió con vehemencia una reforma de este reglamento de seguridad pública que data de 1778 y ha sobrevivido como triste recuerdo a la revolución francesa.

Si este caso que miles de veces acontece a mujeres y muchachas de todas condiciones en Francia, Alemania y en otros países donde rige la reglamentación, no hubiese ocurrido a la pariente de un periodista de fama y de valor, la opinión pública no se hubiera conmovido y no se habría pensado en Francia en una tan urgente reforma. Esta no ha sido hecha aún, pero una comisión formada por magistrados, médicos, miembros del parlamento, síndicos elegidos entre las mentalidades más distinguidas de Francia y por una sola mujer electísima Mme. Avril de Saint Croix ha terminado su trabajo después de cuatro años de estudio y ha presentado un proyecto de ley muy complejo lleno de elevados conceptos para la tutela de la higiene a la vez que de la dignidad femenina.

En Inglaterra los reglamentos contra las prostitutas fueron derogados después de una campaña valentísima emprendida por una mujer noble y valerosa, ahora fallecida, Josefina Butler, cuyo nombre debe

ser pronunciado con veneración por todo ser humano consciente, por toda mujer que respete su propio sexo.

Ella inició con fervor de apóstol el movimiento llamado abolicionista en una época en que mucho más que ahora eran poderosos los prejuicios y el temor de afrontar el arduo problema.

Josefina Butler fundó la Asociación Abolicionista Internacional que va aumentando sus filas día a día y colabora en todos los países en que está representada al estudio de los problemas higiénicos, morales, sociales y educativos, tendientes a curar a la sociedad de la llaga horrible de la prostitución y de los muchos males que de ella se derivan.

Otra importantísima sociedad ha surgido en Francia: la «Sociedad de profilaxia sanitaria y moral» que se dedica también ella a la solución de estos mismos problemas y está compuesta de lo que tiene Francia de más selecto entre médicos, sociólogos, legisladores y señoras.

En Alemania existe la sociedad «Volkskraft» dedicada a alentar las energías de la moral contra la corrupción y el deterioro de la raza.

En suma, en todas partes comienza a agitarse un fermento de reacción contra el mal inveterado; movimiento inspirado en la preocupación de las consecuencias físicas mucho más fáciles de ser comprendidas por el grueso público que en los efectos morales y espirituales inseparables de aquellos, pero cuya comprensión requiere mayores reflexiones.

Las reformas invocadas son de orden diverso y tratan de purificar el ambiente general luchando contra todas las formas de la pornografía corruptora de la juventud; luchando por restablecer la dignidad femenina con una legislación equitativa que haga respetar a un tiempo los derechos de la madre y los del

A nuestros suscriptores

La difícil situación económica que anteriormente nos impuso la reducción del número de páginas y la adopción de una calidad de papel inferior, nos obliga ahora a la aparición retardada y algo reducida, de tal suerte que HUMANIDAD NUEVA sólo podrá ser publicada cada dos o tres meses.

Muchos de nuestros suscriptores se hallan imposibilitados, dada su condición económica, para cumplir sus compromisos con nuestra administración, sin embargo no hemos suspendido el envío de la revista a los que han demostrado interés por ella; es servida gratuitamente también a todas las bibliotecas y centros culturales que la han solicitado. Todas estas condiciones, unidas a las que son generales, explican nuestras dificultades económicas.

Esperamos que nuestros suscriptores comprendiéndolas excusarán la irregularidad de su aparición.

LA ADMINISTRACIÓN.

hijo; luchando por tutelar la higiene facilitando los medios de curación a los enfermos de enfermedades contagiosas; tratando de que la trasmisión de estas enfermedades sea sometida a sanciones civiles y reclamos por daños y perjuicios cuando lo hayan sido inconcientemente y a sanciones penales cuando lo fueran en conocimiento de causa; queriendo hacer obligatorio a los médicos la declaración de estas enfermedades como es la de otras enfermedades contagiosas (reforma ya introducida en el estado de Nueva York); buscando de hacer obligatorio para contraer matrimonio la presentación de un certificado médico sobre la salud de los contrayentes; queriendo mejorar las leyes y las instituciones para la tutela de los menores y, sobre todo, luchando por hacer penetrar en todas las clases sociales una educación que irradiando de la escuela, transforme las ideas morales de la juventud, enseñándole el respeto para consigo mismo y para el prójimo; educándolo a respetar con deferencia el misterio de la procreación por el cual la naturaleza se renueva y se enaltece y a reverenciar la maternidad y la paternidad tan desairadas en nuestros días.

Aisladamente se han tentado algunas de estas reformas, pero tímidamente, a tientas, en la incertidumbre de la acogida que pueda hacerles la opinión pública. En todos los países existen leyes contra la pornografía pero no son suficientes ni son acertadas. Basta recordar ciertas vistas que por dos centavos puede procurarse cualquier chico; vistas llenas de las más corruptoras imágenes; no hablemos ya de los cinematógrafos o de los anuncios que infectan nuestras grandes capitales.

Más discutida que esto es la cuestión profilaxia en el matrimonio y fuera de él.

Mientras en muchos países la transmisión de las enfermedades por medio de la nodriza está sometida a indemnización legal por daños y perjuicios, los otros medios de contaminación no caen aún bajo la acción de la ley.

Hay algunas sentencias de tribunales que en ciertos casos han admitido la contaminación como lesión grave punible; pero son solamente interpretaciones personales de algunos jueces.

De otra manera se concebiría por la masa del pueblo la responsabilidad del que contamina al prójimo; de otra manera se preocuparía el enfermo mismo, si fuese considerada y castigada por la ley como verdadero y auténtico delito, la transmisión de estas enfermedades.

Inocular a una persona una enfermedad que además de los sufrimientos físicos morales que le produce, la vuelve a su vez peligrosa y la aminora como unidad social y como fuerza económica; es un perjuicio mucho más grave que producir una herida curable al poco tiempo y muchas veces sin dejar vestigios, lo que sin embargo es considerado y castigado por código penal.

Hay además otras consideraciones para pedir que la contaminación sea castigada; la sanción legal es también una sanción moral: la impunidad tiene las apariencias de una sanción de no culpabilidad.

Penetrada de estas ideas, la «Société des Prophylaxie sanitaire et morale» clama por una ley expresa que imponga el pago de indemnización por daños y perjuicios a quien ignorante de su enfermedad la haya contagiado a otro; y sanción penal para quien, sabiéndose enfermo, pone a otro en la condición de contagiado.

La legislación danesa ha implantado ya esta re-

forma estableciendo la pena de prisión o trabajos forzados para quien habiéndose enfermo de estas enfermedades, tiene relaciones sexuales.

A los que piensan y sienten sanamente les parece imposible que personas reputadas honestas, que no robarían un alfiler, tengan la bajeza de robar la salud, contagiando su mal, no sólo a una, sino a varias mujeres, entre las cuales su propia esposa.

Esto nos prueba que todavía está por crearse una nueva conciencia moral.

En los apuntes de los médicos en su práctica diaria hay una infinidad de casos de ese orden. Hace poco una muchacha honrada que para aumentar su mal retribuído salario servía de modelo a algunos pintores, habiéndose mantenido decente, concluye sin embargo por ser amante de un conocido artista al que servía de modelo. Este la contagió y la desgraciada tuvo en la cara tales manifestaciones de la enfermedad que la estropearon para siempre: abandonada por el amante, inutilizada para su oficio de modelo, la infeliz se suicidó.

Más crueles aún son ciertas observaciones hechas por los médicos especialistas. Muchas veces ellos son consultados por sus clientes que quieren casarse; el médico desaconseja el matrimonio con energía e insistencia, haciendo ver al enfermo las trágicas consecuencias de un matrimonio en esas condiciones. No obstante el cliente se casa. El médico debe tolerar que un verdadero delito se cometa a su vista y paciencia, y debe callarse porque el secreto profesional le impide traicionar la confianza de su cliente. Y sin embargo, es un verdadero delito contraer matrimonio con una mujer sana, sabiéndose enfermo; y es un delito social obligar al médico por medio de obligatorio silencio, a ser cómplice de ese atentado. Son casos que

por desgracia acontecen a menudo y solamente los médicos conocen con frecuencia resguardada individualmente por el secreto profesional.

Para obviar este peligro y despertar las conciencias dormidas, la «Société de Prophylaxie sanitaire et morale» ha hecho imprimir un folleto de advertencia y propaganda que en París y en otras ciudades de Francia se entrega a los contrayentes cuando se inscriben en el registro civil.

En algunos estados se está preparando un movimiento para pedir a los gobiernos la imposición de una ley que obligue a los esposos en el acto del matrimonio a la presentación de un certificado médico relativo a las enfermedades hereditarias trasmisibles, para que los nuevos esposos y sus familias sepan a lo que están expuestos en su nuevo estado.

La sociedad de los «Monistas», en Alemania, ha presentado al parlamento un petitorio en este sentido.

Pero, en tanto sean promulgadas leyes tan altamente sociales como estas, sería necesario introducir en nuestras familias el hábito privado, de familia a familia, de pedir al médico el correspondiente certificado antes del acto nupcial para evitar sorpresas dolorosas que tenderán sobre el porvenir de los cónyuges indisipables tinieblas. Una vez que se tomara esta costumbre, ella sería una rémora contra la ligereza moral del hombre y una verdadera salvaguardia para la familia.

Existe en Noruega una sabia ley que castiga con severidad a las personas de servicio afectadas de avariosis que entran en una familia ocultando su enfermedad, y a los patrones que en las mismas condiciones toman sirvientes sin hacerles saber su estado de salud.

En todas partes se siente la necesidad de prote-

ger a la maternidad por medio de providencias sociales, y es doloroso constatar que Italia es país donde todavía está vedada la investigación de la paternidad, y donde el hombre tiene legalmente reconocido y codificado el derecho de renegar de su propia criatura. Pero conservamos la esperanza de que la ley no tardará en reintegrar el valor moral del padre, obligándolo a la responsabilidad hacia su hijo y hacia la madre de éste.

Nuestras más seguras promesas y esperanzas descansan sobre la evolución de la opinión y la moral públicas, frutos del ambiente y de la educación. Porque es sobre ella que deben condensarse todos nuestros esfuerzos, todas nuestras energías; porque es infinitamente más fácil formar conciencias nuevas que enderezar las ya desarrolladas. Es cargo de la educación comenzar desde la infancia a introducir en el alma del muchacho la conciencia sagrada de su misión de padre, no menos importante para la sociedad que la misión de madre, y la noción de la responsabilidad del genitor hacia la criatura que le debe la vida. Y ahí donde la familia no pueda cumplir su misión educadora, la escuela deberá dar a la enseñanza un carácter de sana moralidad y de respeto hacia todas las manifestaciones de la naturaleza.

No creo oportuna una enseñanza separada de la higiene sexual, como de ordinario parece que se entiende cuando de esto se habla. Prefiero un criterio pedagógico que, basándose sobre fenómenos fisiológicos y biológicos, llega a estudiar desde la célula los fenómenos de procreación en la planta, el animal y el hombre, sin reticencias ni falsos pudores que provienen de la impureza del pensamiento. Y sobre tal base didáctica podrá levantarse el edificio de la instrucción higiénica y moral haciéndola surgir espon-

táneamente de la misma materia de estudio; elevando el espíritu tan impresionable y entusiasta de la juventud y de la adolescencia, combustible ávido de recibir la centella y transformarse en una vasta hoguera: por eso ella debe provenir de purísima fuente.

Es toda una nueva educación que hay que hacer y no solamente educación de la juventud sino también de aquellos que deben educarla y de nosotros mismos. Debemos imaginar que volvemos a ser criaturas y mirar los fenómenos de la vida con la ingenua espontaneidad del niño cuya mente no ha sido aún turbada con la idea del pecado y de la perversión, idea que convierte en impúdico aquello mismo que es lo más sagrado para la naturaleza.

Despojarnos de prejuicios y conceptos cuasi innatos es tarea muy difícil, y arduo será el estudio de esos cursos magisteriales que en muchos países, sobre todo en Estados Unidos y Alemania, se están organizando para preparar educadores y maestros a esta nueva enseñanza regeneradora. Mucho tiempo pasará aún antes que pueda generalizarse esta anhelada, purificadora y benéfica enseñanza que presupone una gran pureza de alma, un profundo conocimiento de la psiquis juvenil y una vocación casi sacerdotal. Mientras esperamos, apresuremos con el pensamiento y con los hechos la llegada de esta aurora de nueva organización; tratemos de preparar sus primeros albores en el seno de nuestra familia, nuestro reino!

No abandonemos nuestros hijos a una ilusoria independencia que los hace dependientes de otros menos puros y menos afectuosos que nosotros. Seamos sus confidentes, ganemos su confianza para que vengan a nosotros a confiarnos cada nueva duda que les asalte, cada nueva revelación de su alma, cada nueva turbación de su cuerpo. Enseñemos a nuestros

hijos que el amor materno tiene tan amplio regazo que ampara todo lo que se le confía. Para alcanzar semejante intimidad, en esa edad crítica, es necesario que nuestro hijo se acostumbre desde pequeño a recurrir a nosotros cada vez que tenga alguna curiosidad, alguna duda, y que sepa que recibirá de nosotros la solución de todo problema.

Una de las primeras preocupaciones que asalta la mente apenas despierta de un chico inteligente, el primer problema filosófico que lo preocupa con insistencia, es este: ¿De donde vienen los nenes? Guay, si le contestamos las consabidas sandeces de la cigüeña, del repollo o de la rosa, o si le contestamos evasivamente «lo sabrás más tarde, eres aún demasiado pequeño para comprenderlo». Según el modo más o menos desenvuelto o reservado como se le conteste, volverá a la carga algunas veces, luego parecerá resignarse a nuestro silencio, después no preguntará más. El día que renuncie a repetir su pregunta, habrá cesado de confiar en nosotros, y en su cabecita habrá germinado la resolución de procurarse de otro modo la explicación que la madre le ha negado. Aún más, esa negativa de explicación clara y franca, aguza su curiosidad y al problema «¿de dónde vienen los chicos?» se agrega otro más interesante aún ¿por qué mamá no me lo dice? Y he ahí como el niño encontrará el fenómeno del nacimiento sazonado ya con el sabor perverso del fruto prohibido. Esta idea de fruta prohibida que fatalmente parece la más sabrosa, acompañará en su pensamiento, a todo aquello que tenga atingencia con el nacimiento de los niños y la generación de la especie. No solamente habremos perdido la confianza de nuestro hijo; sino que (podéis estar seguras de ello) éste cultivará en su espíritu un «jardín secreto» en el cual y para siempre nos

estará prohibido entrar, y donde brotarán plantas venenosas irremediablemente pervertidoras de su fantasía. Pero hay algo mucho peor. ¿Dónde nuestro hijo buscará las informaciones que nosotras le rehusamos? No faltan numerosos recursos para instruirse... está el cocinero, la cocinera, el portero, y si ellos callan, no faltará entre los compañeros de clase algún hombrillo algo más instruído al respecto. Imaginad las conversiones consiguientes, los vuelos turbadores de la fantasía en busca de arduas soluciones, o el torpe discurso de algún rapazuelo callejero, por cierto bastante instruído ya en materia sexual, el que explicará a nuestro hijo, ávido de curiosidades, el misterio de la generación, en la forma corrompida y brutal, como en su propio ambiente le fuera revelado. Y he ahí manchada, envilecida la fantasía de nuestro hijo que aprendió a conocer en el acto sexual lo que corrompe y no lo que santifica. Que diverso hubiera sido el surco para siempre trazado en el espíritu del niño, si la propia madre hubiera contestado a su ingenua pregunta, con toda la pureza y la ternura de quien ha sentido palpitar en su seno, el milagro sublime de otra vida! Con que grandiosas y sencillas imágenes, con que parabólicas semejanzas puede la madre enseñar a su hijo la bellísima verdad del pequeño sér que se forma en su seno, que de él se alimenta y crece, hasta que sus propias fuerzas le empujan hacia la luz como el fruto maduro cae de los árboles. No hay nada más íntimo, más profundo entre la madre y el hijo que la conciencia de las palpitations maternas por la criatura no nacida aún; que el amor vigilante que la espera y desea; que el valor ante el sufrimiento y hasta ante el peligro, que la alegría de estrechar entre los brazos la amada, la ansiada criatura. El hijo o la hija que han

oído narrar por la madre en un momento de afectuosa y tierna expansión, el sagrado y dulce misterio del nacimiento quedan purificados, inmunizados contra las torpes y bajas imágenes. Y si en el andar de la vida, le ocurre hallarse entre desgraciados que tienen el espíritu nutrido de bajezas verá surgir ante sus ojos la suave imagen de la madre, como ángel custodio, para protegerle de toda contaminación. Si conseguimos eso, habremos depositado en el alma de nuestros hijos un contraveneno poderoso, y, aún lejos de ellos, aún separados por la muerte, les estaremos cerca para tutelarles contra el mal, y cumplir nuestra misión sagrada. Entonces no tendremos que temer la pérdida de su confianza, y podremos vigilar serenamente la llegada de ese momento en que las primeras turbaciones anuncian las proximidades de la pubertad; en que descubrimos que los amiguitos han comenzado a agitar su fantasía con nuevas inquietudes y con curiosidades nuevas; en que nos llegará el deber de ponerlo en guardia contra sí mismo y contra la corrupción del ambiente. Eliminados por nuestra sinceridad los peligrosos atractivos del misterio con cuyo velo la educación envuelve aislándolo de todas las otras ideas, el mundo de la vida sexual, como si fuera éste realmente un mundo aparte, diverso de todos los otros fenómenos de la vida de la que en verdad no es más que uno de sus elementos; eliminadas las funestas excitaciones que apresuran su prematuro desarrollo sexual cuando una prudente educación debe por el contrario retardarlo lo más posible; comenzaremos entonces a encaminar el cuerpo y alma de nuestro hijo hacia una vida sana, equilibrada, rica de alegrías y nobles aspiraciones para protegerlo contra los primeros y peligrosos asaltos de la virilidad. Cuidaremos el vigor físico y el equi-

librado gasto de sus energías con una racional educación que fortifique al mismo tiempo el organismo y el carácter; los deportes, el alpinismo, la gimnasia son un noble empleo, una prudente desviación de aquellas energías fisiológicas que nutren el instinto sexual, y, convertidas aquéllas en hábito y necesidad para el joven, serán también en el porvenir una válvula de seguridad contra el incubo de los sentidos. Los deportes al aire libre, y sobre todo el alpinismo, despiertan el espíritu a las bellezas de la natura y la hacen sensible a todas las impresiones estéticas. El culto de la belleza podrá ser una coraza que envuelva al joven y lo proteja contra las contaminaciones vulgares y brutales. El entusiasmo por los grandes heroísmos de la historia, la armonía que da a la mente la visión y la percepción de la naturaleza. la ebriedad espiritual de la poesía; la potencia indómita de la música; la suavidad de una figura noble y bella; todas estas impresiones llenan el alma de tanta sana voluptuosidad que poco sitio queda para las voluptuosidades malsanas. La virtud, la bondad, la pureza, deben ser presentadas con la aureola sonriente de la alegría y el contento, y no la descarnada y antipática visión del ascetismo. La juventud está sedienta de sol y de sonrisas, y huye a menudo de lo noble y proficuo, porque se le aparecen con triste figura tan contraria y antipática al genio primaveral de la primera edad.

Bondad feliz, virtud contenta, serenidad en casa es lo que se necesita para atraerla. Un ambiente alegre y tranquilo, una afectuosa unión entre los padres, reflejada aún en las pequeñas y suaves ternuras del amor triunfante de la prueba de los años, son ambiente donde germinan instintos y sentimientos sanos. El amor conyugal, durable y sereno, que ha

triunfado del tiempo y de las batallas de la vida, que llena de alegría y serena dulzura el ambiente de la familia y el corazón de los no más jóvenes amantes, debe hacer brotar en los hijos un alto concepto de lo que es, en la vida del hombre, el amor verdadero y profundo; debe despertar en ellos la nostalgia de acercarse a su vez un día a semejante llama de afectos, debe producirle un disgusto contra esas bajas formas del instinto sexual que, usurpándolo, depravan el nombre del amor. Quien lleva en el corazón el recuerdo de una vida de familia serena y bella; quien se ha llenado el alma con las visiones suaves y profundas de los grandes poetas que exaltan el amor hasta los más sublimes confines del sentimiento, no cederá fácilmente a las vulgares pasiones. Y junto a la majestad del amor debe surgir la conciencia de la alta, de la austera responsabilidad que incumbe a quien dá vida a otra criatura.

Lo mismo que se cultiva el sentimiento de la maternidad en la niña, debe desarrollarse en el niño el sentimiento de la paternidad tan descuidado en la educación masculina. Esta noble y grave conciencia preservará al joven de la mayor de las villanías que desgraciadamente cometen con inconciente ligereza, hombres que se creen honestos: la de seducir a una muchacha y abandonarla luego así como a la inocente criatura que sin esta seducción no habría nacido, predestinada por este acto a la miseria y al dolor. Hay que despertar y hacer sentir a la humanidad presente y venidera, hay que enseñarle que nuestros actos y nuestras palabras no son solamente nuestros, puesto que adquieren más o menos importancia según la influencia que ejercemos sobre los que nos rodean; hay que mostrarle cómo, en el ambiente en que vivimos, podemos ser factores de goces y ener-

gías o destructores de fuerzas y de felicidad. Es necesario que nuestros hijos comprendan que una hermosa acción puede ser inspiradora en otra persona de otra acción hermosa también, y que una fea palabra, una mala acción, pueden servir de ejemplo pernicioso. Es necesario que comprendan que, aquellos cuya cultura, educación, inteligencia y posición social colocan en una esfera inferior a la nuestra, creen elevarse imitando a las personas de más elevado rango; y que las así llamadas clases superiores son responsables con su mal ejemplo del nivel moral de las masas.

Pensad que si habituamos a nuestros hijos a sentir la responsabilidad de sus acciones no sólo ante sus mismos pensamientos sino por la influencia que puedan ejercer sobre los otros; les daremos una tan alta conciencia de su propia dignidad, una tan elevada misión en la vida, que deberán respetarse a sí mismos, y encontrarán en este respeto mismo, en esta conciencia de su influencia sobre los demás, la más segura de las tutelas contra el mal. Hagámosles comprender lo que Oscar Wilde, después de una vida de disipación aprendió a reconocer con lágrimas en los ojos, en su triste cárcel: «Había olvidado yo que todo acto de la vida diaria por pequeño que sea, hace o deshace nuestro carácter. Dejé de ser dueño de mí. No era ya más el conductor de mi propia alma y no me daba cuenta de ello. Me he dejado dominar por el placer y todo ha concluído en una atroz desventura» y agrega «aún admitiendo que alguno de nuestros actos no haga daño, hay siempre daño en aquello en que nos convierte». Hagamos sentir a nuestros hijos toda la profundidad de estas palabras. Hay acciones, sobre todo aquellas relativas a la vida sexual, que aparentemente no causan daño a ninguno, pero

que envilecen el alma de quien las comete y dejan en ella huellas que no se borran jamás. Cada uno de nuestros actos es padre de los siguientes, cada acto nuestro se convierte en fuerza viva, determinante de nuestra vida que es la suma de todas nuestras acciones y en la que no hay una que se borre: no hay paréntesis que puedan cerrarse: en las circunvoluciones de nuestro cerebro, en la intimidad de nuestra alma, queda un signo indeleble del que no podrá jamás librarse nuestro yo filosófico y espiritual.

No basta pensar y sentir: hay que tener, como dice Oscar Wilde, la fuerza de ser «el conductor de la propia alma».

Es necesario que los jóvenes aprendan a considerar como una meta suprema ambicionada, de carácter heroico, esa de llegar a ser el fuerte «Condottiero» el piloto enérgico de la propia alma, a través de los peligros y las insidias de la vida y de alcanzar a ser el vencedor impertérrito de las tentaciones y de los obstáculos. Es aquí, madres, donde brillará vuestra nobleza.

Uno de los más eminentes pedagogos modernos, el suizo Förster, que acaba de ser nombrado profesor de Pedagogía en la Universidad de Viena ha estudiado amorosamente el problema de la moral en el sentido en que nos ocupamos y ha llegado a la conclusión que los pensamientos más profundos, los sentimientos más puros no bastan a preservar al joven de las tentaciones del ambiente y de la propia sangre, si la educación no fortifica la voluntad con una razonable y continua gimnasia para que el poder de resistir las tentaciones y dominar con la mente el propio instinto sea en él una segunda naturaleza. En esta forma no le acontecerá de encontrarse sorprendido y

arrastrado sin criterio por el natural impulso hasta el fondo del precipicio para oprimirse luego la frente con las manos, desesperado por el remordimiento. Hay que fortificar el carácter, para que el joven sienta en su intimidad, el poder y la fuerza de sus convicciones, el vigor del propio yo; para que resista triunfante, no sólo a los instintos sino a las calumnias y al ridículo que los amigos van sembrando a su alrededor si él se abstiene de seguir la corriente por ellos aceptada. Resistir al ridículo, desafiando los prejuicios por respeto a las propias convicciones es una forma de heroísmo moral cuyo aprendizaje no se hará jamás demasiado pronto, y cuyo ejercicio será para el joven fuente de grandes satisfacciones y de nobles iniciativas. Con deferente respeto, él debe aprender a considerar en su persona uno de los maravillosos fenómenos de la creación al que no se tiene el derecho de envilecer, sino el sagrado deber de embellecer y perfeccionar en toda hora. En esta íntima solidaridad con la naturaleza encontrará el joven base segura para cimentar el sentimiento de solidaridad humana, la fe en los sentidos luminosos y en el perfeccionamiento de nuestra raza. Así el alma del joven se encenderá de alegría, de orgullo y de entusiasmo al sentirse también él, emanación de la misma potencia creadora, eslabón de la cadena que reúne al hombre de hoy, más perfecto que el de ayer, con el hombre de mañana todavía más perfecto aún. Cuando hayamos descubierto en nuestro hijo, estos filones del pensamiento y del corazón y aguerrido su voluntad deberemos decirle: «He ahí el puro ambiente donde te traigo a vivir, he ahí el ilimitado horizonte lleno de energías y bellezas, que cierra el mundo para tí. Mira ahora allí en el fondo, a tus pies, la vorágine de la que te has preservado contemplando»

el cielo y las estrellas; ella te espera y te tragará si no sigues el camino de las alturas hasta las cuales te he elevado». Y entónces debemos hablarle de los peligros con que el ambiente rodea al joven inexperto: de las desgraciadas y degradadas mujeres que viven de la ignominia de los hombres, y que cual vengadoras involuntarias de la naturaleza vilipendiada, venden por una moneda el simulacro oprobioso de la más hermosa ofrenda que pueda darse en la vida; y con él, venden los gérmenes de las enfermedades que destruyen el organismo y abaten la juventud en la edad de sus mejores energías. Hay que mostrar a los jóvenes este mundo de perversiones, en su escuálida y repugnante realidad, en su degradación espiritual, en su inmundicia estética y sentimental, en su envilecimiento físico, en su influencia deletérea sobre todo el organismo del individuo, sobre toda la organización social, sobre toda la evolución de la especie humana. Debe provocarse en el alma y en el cuerpo del joven un sentimiento de repugnancia contra todo lo que puede destruir en él el sentimiento de la dignidad, y el respeto hacia sí mismo y los demás. Debe enseñársele a sentir que es ya una oprobiosa contaminación, el acercarse a su madre, a sus hermanas y besarles sus frentes puras, con esos mismos labios contaminado por otros labios; y estrecharles la mano, y acariciarles la cabellera con esa misma mano que se ha profanado con viles contactos. Al mismo tiempo que fijamos su pensamiento sobre toda la depravación del vicio y sus dispensadoras, coloquemos junto a la repugnancia que despertemos en su alma, un sentimiento de compasión hacia la desgracia y el envilecimiento de aquellas desgraciadas. Despertemos la ambición de contribuir con la propia virtud y con sus acciones a redimir a la

mujer; a redimir a la sociedad, de la vergüenza y de la prostitución.

Transformar la renuncia pasiva en lucha activa de entusiasmo contra el mal es grato al espíritu de la juventud y favorable al trabajo del educador. En la conciencia del joven, debemos instalar el convencimiento de que abandonarse ciegamente al instinto sexual, es un delito como cualquier otro. Ninguno de nuestros hijos pensará en robar, siquiera para satisfacer la más elemental necesidad del organismo, aún el hambre, porque desde pequeños les hemos enseñado que el robo es oprobioso. Del mismo modo debe ser impreso en la conciencia de nuestros hijos, el hábito espiritual de que abusar de una mujer es más oprobioso aún, porque significa vilipendiar la majestad de la naturaleza que ha creado el sér humano con dos formas que se complementan. Este hábito espiritual se convertirá así en una convicción que integrará su mentalidad y su carácter. Actualmente en cambio, el pensamiento y los deseos del joven son, por sugestión de educación y de ambiente dirigidos a las inquietas correrías de las así llamadas aventuras amorosas en las cuales malgastan su tiempo, sus fuerzas, y su sentimiento, y en las que adquieren un escepticismo, un cinismo y un epicureismo vulgar que esterilizan sus almas y atrofian los nobles entusiasmos de sus corazones. Vendrá luego el día en que el alma despertará de su sopor, y surgirá la nostalgia de un verdadero afecto perdurable, de hijos que consuelen la edad madura, de una mujer que sea la digna y verdadera compañera. Que tendrá entonces el hombre para ofrecer a esta mujer inmaculada que le hace dón de todo su sér? Un alma abatida, un organismo talvez exhausto, talvez contaminado por residuos fatales, los que en el abrazo suave de un verdadero

amor, vendrán a envenenar la vida de la elegida compañera de su vida y madre de sus hijos. Tendrá entonces el profundo dolor y el remordimiento de ver a esta esposa, floreciente, alegre y sana antes de ser suya y talvez también a su hijo, marchitarse lentamente entre sus brazos, contaminados por un mal que él ha recibido en vitalicio don, por una criatura que le avergüenza nombrar delante de la immaculada esposa, su víctima inocente!

¿Podemos imaginar una época en que la ciencia médica haya llegado a la meta a que Koch, Erlich y otros se van acercando con sus arduos estudios, y que llegue el día en que se encuentre un remedio, una vacuna infalible contra estas enfermedades, lo que podrá equivaler a su cuasi desaparición, como acontece con la viruela. Entonces, eliminadas las causas de las contaminaciones que ahora nos asustan, cabe pensar alegremente en establecer, en materia de relaciones entre hombres y mujeres, una desenfrenada licencia, pues ningún mal físico podrá derivarse de ella?

Ah, No! no, aunque nuestro raciocinio fallase, aunque no recordásemos el ejemplo clásico del enervante y destructor efecto de la corrupción de costumbres que llevó a la ruina los más grandes pueblos! Habría siempre en lo íntimo de nosotros mismos, un sentimiento de rebelión para conclusiones semejantes y por encima de la oportunidad o la higiene, habría siempre más altos intereses morales para no aceptar semejantes corolarios. Este sentimiento de rebelión surge de lo más hondo de nuestra alma, de ese rincón donde está el arca en que se conservan los valores adquiridos por la humanidad en su marcha ascendente a través de los siglos. Una simple intuición nos demuestra lo que podrá luego fundarse en

más sutiles raciocinios; pero, antes de comprenderlo, intuimos que la licencia de las costumbres no es ya concebible para nosotros como sistema social; y que fundamentales conceptos de orden histórico y filosófico se le oponen; porque semejante licencia haría descender a la humanidad los grados de evolución que ha alcanzado; porque sería despreciar en el sér humano una de las mayores conquistas que luce nuestra época; la compenetración absoluta, la armonía en el hombre del sér fisiológico y psicológico, del cuerpo y del espíritu. Así como la fisiología ha descubierto que a cada pensamiento nuestro, a cada sentimiento, corresponde una alteración de nuestro físico, así resulta para nosotros cada día más imperiosa la necesidad de unir indisolublemente en nuestra vida el elemento físico y el elemento espiritual.

El desprecio del cuerpo que el ascetismo medieval había difundido ha desaparecido. Nuestro cuerpo es una maravillosa revelación de la naturaleza, como lo es nuestra alma; es creación de la divinidad o de la energía suprema, como queramos llamarla; es indisoluble involucro de nuestra alma mientras vivimos; y acompaña y sostiene con sus transformaciones, el más leve movimiento de nuestro espíritu.

Armonía y compenetración completas que se afirman en nuestra aspiración a una nueva educación física de la juventud que haga armonizar con la cultura de la mente, no sólo la fuerza sino la belleza del cuerpo; armonía y compenetración que no nos consenten ya, buscar en el arte la sola belleza que inmortalizó el arte griego, sino que nos empuja a combinar la belleza con la intensidad de expresión; armonía y compenetración que vuelven a la humanidad cada vez más sensible a la fascinación de la música, la más sublime, la más inmediata fusión entre la per-

cepción puramente física y la emoción más profunda, más abstractamente espiritual. Y esta misma fusión entre cuerpo y espíritu se impone a nuestra intuición; a nuestro sentimiento, en lo relativo a las relaciones entre los sexos; y aún aquellos que, por debilidad de carácter, por indómito instinto o por ligereza de educación se dejan guiar solamente por los sentidos, sienten en el fondo del alma que su conducta envilece dentro de ellos algo que es sacro a la humanidad y a la natura.

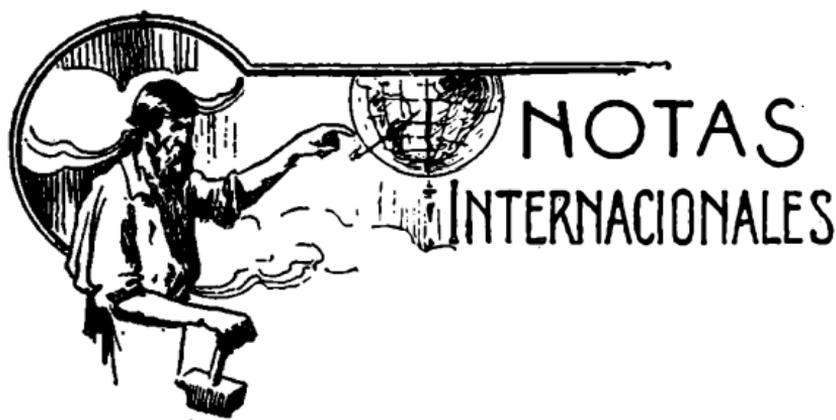
Ya no sentimos la conciencia del pecado cometido, con la ascética moral de la edad media; no sentimos ya la soberbia e ingenua franqueza de la antigua sensualidad pagana; pero una y otra han dejado sus huellas en la evolución del hombre y nace de su fusión un nuevo idealismo, instintivo en unos, clarividente y razonado en otros. El se traduce por la necesidad de armonizar en todas las cosas las físicas con las espirituales y sobre todo por las más elementales manifestaciones de nuestro sér; por la alta e irresistible atracción que empuja a la mujer y al hombre en su edad más hermosa y más fuerte a unirse uno al otro para dar al mundo la esencia de su vitalidad en otra vida.

Durante siglos y siglos esta unión fué fortuita; el acaso o el capricho unían al viandante con la sacerdotisa de Astarté en las puertas del Templo Fenicio; la voluntad de los padres imponía a la hija un esposo desconocido y la encadenaba a él, esclava para siempre de otra voluntad; forma que a nosotros nos repugna por la violación de la íntima naturaleza del sentimiento humano y que se nos presenta como una velada prostitución. Toda el alma, todo el pensamiento, todos los más hermosos sueños, todas las más profundamente suaves realidades del espíritu de-

ben conervarse para el abrazo que une en un vórtice de alegría y de vida dos cuerpos y dos almas. El amor que resplandece en el sér humano debe ser un himno a la felicidad y a la vida en lo que tienen de más elevado y más profundo y es por eso que en su intimidad, el espíritu se rebela contra todas las ideas y todas las costumbres que separan en el amor aquello que sentimos profundamente en la intimidad de nuestra alma: la fatalidad de la **unidad** humana.

El arte es intuición, es visión, dice Benedetto Croce. La evolución de la humanidad es también intuición y visión porque vemos proyectarse ante nuestros ojos la imagen de lo que seremos en el futuro. Esta visión es el patrimonio más querido y más precioso que conservamos en el tesoro de nuestro espíritu porque es la herencia que dejaremos a nuestros hijos. Es la tierra de promisión que jamás pisaremos; que divisamos desde lejos y que debemos conquistar para que las generaciones futuras gocen en realidades lo que nosotros vislumbramos en quimeras: y para que ellas en la tierra de promisión para ellos conquistada, sueñen a su vez con realidades aún más hermosas.





EL PORQUÉ DE LA GUERRA ACTUAL

Frente al conflicto europeo, cabe investigar las causas primordiales que lo provocaron. Estas causas debemos deducirlas de hechos irrefutables que constituyan pruebas palmarias y evidentes; dejando después al tiempo y a la historia la tarea de señalar al culpable o a los culpables el único camino que le corresponde: el de las horcas caudinas.

La iniciación de la terrible conflagración y los acontecimientos que le siguieron mostraron con la más clara evidencia que entre todas las naciones beligerantes, la más preparada era Alemania. Durante treinta años sus esfuerzos lentos, metódicos, tenaces, dictados por una sola causa, llenaron, puede decirse, su vida nacional. Los deseos de hegemonía, de un casi universal predominio, despertáronse en su Kaiser con toda la intensidad y fuerza de una verdadera monomanía. Sus sueños sobrepusieron los de todos los conquistadores antiguos y modernos, y no cabe duda que soñó, para su águila imperial horizontes siempre más vastos y dilatados. Más en su ebriedad de poder, no olvidó el pueblo, y sus esfuerzos tendieron a despertar en él aquellas fáciles adopciones, que si no se consiguen hoy alimentar ya con los tesoros de Creso, con el "pan y circo", se logra suscitar por las artificiosas artes de un nacionalismo valentón que todo quiere someterlo y dominarlo. Militarizó a la masa gracias a una disciplina colectiva, a fin de que fuese su patria nación omnipotente y cultivó en

todos sus elementos el espíritu bélico, altivo y provocador. No descuidó las fuerzas intelectuales, pero para amoldarlas a las necesidades y leyes del militarismo sintetizado en su emperador.

La rápida prontitud en la movilización del ejército; la precisión con que cada parte componente del formidable mecanismo era compulsada y distribuida, constituía el orgullo del Kaiser y de su pueblo. La preparación militar era perfecta; pero para tener un ejército perfecto, no es suficiente contar con muchos y buenos fusiles; faltan hombres robustos y capaces, que sepan hacer de ellos aquel uso que el César desea.

Y la preparación física ha caminado con igual paso que la militar, llegando hasta el extremo de trocarse en verdadero fanatismo. Los estudiantes alemanes han aprendido en las escuelas y en las universidades no tan solo el latín, la historia y la filosofía, sino el amor al ejercicio muscular, el amor al ejercicio cruento de la fuerza por medio de encuentros y duelos a base de tajonazos, que en otros países serían juzgados como actos bárbaros, pero que en Alemania, en vez, constituyen un título de nobleza.

El valor o título de un estudiante no se deduce ya del estado de su preparación intelectual, sino del número de tajos que tiene en la cara!

Cuántas energías, valor, fuerza y actividad malgastadas para complacer los desvarios de una mente febril y llena de insensato orgullo!

A. C.

LA SITUACIÓN RUSA

La situación creada por la guerra parece complicarse cada vez más, el incendio se propaga, amenaza a los países más alejados de su punto de origen; la tierra arde mientras el monarca enloquecido, sobre el cual pesa la mayor responsabilidad, sigue aún rigiendo los destinos de su desgraciado pueblo.

Jamás hubo en la historia humana período comparable a este en cuanto a intensidad de movimiento. La vieja institución de la monarquía se tambalea y parece que la caída del zar no ha sido sino la primera piedra arrojada por el alud de la cólera popular.

Qué claridad inmensa ha arrojado sobre el porvenir, como ha iluminado bruscamente el sombrío escenario de la guerra! Si el pueblo ruso sabe mantener su integridad, si puede resistir a las fuerzas de desorganización que encierra, su triunfo importará el establecimiento de la democracia en Europa. La desorientación de las corrientes populares, la actitud incomprensible muchas veces, de los que hoy han sido bruscamente llamados a decidir en los actos colectivos, se explica fácilmente si se comprende el cambio completo en los complicados rodajes de la administración del gobierno de un país inmenso, si se piensa en lo que representa el advenimiento de hombres del pueblo, hasta entonces amordazados por un régimen autocrático, y que adquieren bruscamente el poder de hablar y de decidir, y no con el valor de la palabra y de la acción cuando son privadas, sino cuando importan determinaciones que pueden afectar el bienestar y el porvenir colectivo.

¡Cómo se comprende la desorientación de esos hombres del pueblo, llamados a decidir de la continuación de la guerra o de la paz por separado, cuando son los que sufren directamente la miseria, cuando vuelven de las trincheras, cuando piensan en el hogar que los desea donde podrán trabajar en la paz, cuando piensan en los campos que los esperan, cuando sueñan en la posibilidad de intervenir en la realización inmediata de los cambios sociales, políticos, económicos que han concebido, cambios que, evidentemente, exigen una dedicación absoluta a la situación interna del país!

Por esto resulta tanto más inteligente la decisión de no realizar la paz por separado. Esta resolución, si es mantenida, como cabe suponerlo, es la mejor defensa del régimen democrático recientemente conquistado, el medio menos costoso talvez de afianzar la obra contra la cual se alzan los enemigos del interior (restos del antiguo régimen, neutralistas, germanófilos más o menos disfrazados) y los enemigos del exterior, los autócratas que, si al estallar la guerra fueron los enemigos de la

ATENEOPOPULAR

Sociedad de Extensión Universitaria

Secretaría: SOLIS 1871

BASES DE LA INSTITUCIÓN

I. — Queda constituida con el nombre de ATENEOPOPULAR, una asociación de extensión secundaria y universitaria.

II. — Realizará sus fines por medio de conferencias de carácter general sobre temas científicos, literarios o artísticos, por la organización de cursos, creación de bibliotecas y publicará la revista HUMANIDAD NUEVA.

III. — Quedará excluida de su acción toda tendencia dogmática, desarrollándola solo de acuerdo con el espíritu científico de la Pedagogía moderna.

IV. — La dirección de la sociedad estará a cargo de una comisión compuesta de las personas elegidas por la asamblea ordinaria, y durará un año.

La comisión nombrará de su seno un secretario general, un prosecretario, un tesorero, el director y administrador de la revista, y designará, periódicamente, un vocal para presidir sus reuniones y asambleas y hacer cumplir sus resoluciones.

Las asambleas extraordinarias serán convocadas cuando lo determine la comisión o lo solicite la tercera parte de los socios, y se celebrarán cualquiera que sea el número de socios presentes. La asamblea ordinaria necesitará la tercera parte de las socios para poder celebrarse, pero a la segunda convocatoria habrá número con los socios presentes.

La comisión podrá sesionar con cinco de sus miembros.

Comisión Directiva - 1916-1917

Secretario general: *J. Pedro Mainero*; tesorero: *Armando Moreau*; administrador: *Felipe Borlandelli*; vocales: *Dr. E. del Valle Iberlucea*, *Constantino Bolon*, *Mario Tirone*, *Guido Anatolio Cartey*, *Angel M. Fernandez*, *Dra. Alicia Moreau*, *Antonio Zaccagnini*, *Justo Pallarés Acebal*, *Dr. José A. Mouchet*, *Alejandro Castiñeiras*, *Agustín Muzzio*, *Luis Bozzolo*, *Isaac Palcos*, *Juan E. Molfino*, *Vicente Cacciatore*, *Martín García*.

LIGA POPULAR CONTRA EL ALCOHOLISMO

SECRETARIA: CANGALLO 2535

BASES Y PROGRAMAS

BASES. — 1.º Con fecha 20 de Agosto de 1916 queda constituida la Liga Popular contra el alcoholismo, con sede en la ciudad de Buenos Aires, formada por los centros de cultura popular, las sociedades científicas y por todas aquellas agrupaciones y personas que estén de acuerdo con sus fines.

2.º Los propósitos de la liga son combatir el creciente desarrollo del alcoholismo en la República Argentina, poniendo en juego todos los medios a su alcance, por considerarlo uno de los factores más grandes de degeneración física y moral del individuo y de la sociedad, y tendiendo a la formación de una clara conciencia higiénica en el pueblo.

PROGRAMA DE ACCIÓN. — La Liga Popular contra el alcoholismo realizará sus fines por los siguientes medios:

1.º Realizará sus propósitos por medio de conferencias de higiene popular. Tratará con preferencia, con una enseñanza intuitiva, de los peligros del alcoholismo; su profilaxis: higiene del trabajo; la alimentación racional; higiene de la habitación.

2.º Hará propaganda antialcohólica por medio de folletos, carteles, inscripciones, hojas volantes, vistas cinematográficas, etc.

3.º Propenderá a la implantación de la enseñanza antialcohólica en las escuelas primarias, secundarias y nocturnas para adultos; estimulará en estas escuelas la creación de sociedades de templanza. Solicitará que dicha enseñanza se dé en las fábricas, cárceles, cuarteles, etc.

4.º Fomentará la creación de sociedades antialcohólicas en toda la república. Mantendrá relaciones con sociedades similares.

5.º Cooperará por serlo indispensable para la mayor eficacia de la campaña antialcohólica, en la creación de centros de esilio, de cultura física, de mesas de lectura. Prestará su apoyo a toda tentativa para la elevación cultural e higiénica, así como para el mejoramiento económico de los trabajadores.

6.º Aporará y hará propaganda por todo proyecto de ley que tienda directa o indirectamente a reprimir el alcoholismo.

7.º Fomentará el estudio de las causas y condiciones de desarrollo del alcoholismo en el país, tendiendo a constituir un centro de información en esta cuestión.

COMISION

Vocales: **Dra. A. Moreau, G. Pérez, Dr. I. Omnes, I. Rodríguez J. Aveno y N. Sirlin**

Secretario de actas: **Mas Wustefeld**

Pro secretario: **J. Beragina**

Tesorero: **C. Zanoletti**

Pro-tesorero: **M. García**

Encargado de informes: **G. Berman**

Secretario general: **A. I. Spinetto**

Coopere Vd. en esta obra de gran utilidad social. —————
————— Págame adherente, la cuota es voluntaria.